

UN MUNDO SIN
DINERO: EL
COMUNISMO (2)



Título original: *Un monde sans argent: le communisme.*

(este texto ha sido realizado por el
colectivo francés "Les amis de 4 millions
de jeunes travailleurs")

Realización: Etcétera

Edita: Roselló Impressions, P.E. 1620/76.

Imprime: Especialidades Gráficas, S.A.

Depósito Legal: B-26.944-1977

I.S.B.N: 84-400-3335-4

Correspondencia: Etcétera

Apartado de Correos 1363

Barcelona.

NOTA

En la primera parte de este texto hemos mostrado:

- Que la China, la URSS, los países del Este y el planeta Marte, no son países comunistas. Se trata simplemente de capitalismo de gestión estatal, en el que la policía y el dinero continúan haciendo estragos.
- Que el comunismo significa la abolición de la propiedad, que no quiere decir que haya existido una general desposesión. Los bienes serán utilizados individual o colectivamente según su naturaleza. La seguridad y la independencia de cada uno estará incluso mejor asegurada que hoy.

-Que el comunismo es ante todo una transformación radical de la actividad humana. Las separaciones que compartimentan nuestra vida se funden. En el que se puede hablar de abolición del trabajo. Sin embargo no hay que creer que desaparecerá todo esfuerzo ni que la automatización integral sea el remedio de los males de la humanidad. Los hombres no se moverán ya por la expectativa de un salario, sino por sus propios deseos, por obtener un placer o por sentirse útiles. La pasión será el motor de la acción.

DINERO Y ESTIMACION DE COSTOS

El dinero	3
La ley del valor	5
Gratuidad	7
Tiempo de trabajo	9
Fantástico	13
¿Ascensor o escalera?	17
Cálculo	21
Comparaciones	23

MAS ALLA DE LA POLITICA

Fin del Estado	26
Los consejos obreros	28
La democracia	31
El circo electoral	34
La huelga	37
El partido	38

El comunismo es un mundo sin dinero. Pero la desaparición del dinero no significa el final de toda valoración de los costos. Las sociedades y las acciones humanas presentes, pasadas y futuras están obligatoriamente enfrentadas a este problema tanto si utilizan como si no signos monetarios. Los criterios escogidos para estas estimaciones varían evidentemente según la naturaleza profunda de la sociedad.

EL DINERO

Con la sociedad capitalista desarrollada, cuando la mercancía ha llegado a ser la forma general de los productos, el dinero se presenta a los ojos de todos como una necesidad aunque todos no tengan la misma cantidad y no hagan de él el mismo uso. Es un bien casi tan necesario para la vida humana y casi tan natural como el oxígeno. ¿Se puede sobrevivir sin dinero? Tanto el rico como el pobre tienen que sacar su cartera para cubrir sus necesidades más esenciales o sus caprichos más frívolos.

Al lugar objetivo, y sin embargo limitado, que ocupa la moneda corresponde el lugar subjetivo, y fantástico, que ocupa en la conciencia social. Toda riqueza acaba por ser asimilada a la riqueza monetaria por los servidores de la economía. Lo que no se paga parece que pierde todo valor aunque se trate de los bienes más indispensables para la vida: el aire, el agua, el sol, los espermatozoides y las pompas de jabón. Paradójicamente esta época se acaba, pero en el sentido de que la mercancía triunfante se encarga de atribuir a todo un valor de mercancía, de poner el agua en botellas y de poner el esperma en banco.

Allí donde lo vulgar se contenta con constatar la omnipresencia y la omnipotencia del dinero e intenta aprovecharse de los favores de esta divinidad caprichosa, los señores economistas se encargan de hacer su apología. El dinero no sólo es indispensable en la sociedad presente, verdad ésta que se apoya sobre una experiencia cotidiana y desgraciadamente indiscutible, sino que es indispensable a toda vida social en cuanto sea mínimamente civilizada. La circulación monetaria es al cuerpo social lo que la circulación sanguínea es al cuerpo humano. La historia del progreso es la historia del progreso de la moneda, desde las formas primitivas de moneda hasta la actual carta de crédito. ¿Quiere usted liberar a la sociedad del dinero? Usted no puede ser más que un retrasado mental, un partidario del retorno al trueque. Fijémonos de paso que este trueque tan desacreditado el capitalismo no sólo no lo ha eliminado sino que lo reinventa sin cesar, notablemente a nivel de intercambios internacionales.

La moneda ha llegado a ser un velo que ha acabado por disimular la realidad económica. Se acabaron las fresadoras, los ingenieros, los espaguetis... sólo dólares o rublos. Se impone incesantemente que el control de la moneda, de su emisión, de su circulación y de su distribución corresponde

a un control en profundidad de este conjunto de valores de uso en que queda convertida la economía. De ahí los desengaños.

A menudo el dinero es contestado pero no es tanto su existencia lo que está en cuestión como la parsimonia con que se desliza hacia los bolsillos. Cuanto más se le critica más se le reclama. Se quiere destruir el becerro de oro y estirpar la idolatría, pero para ser eficaces vale más tener los bolsillos llenos. Ustedes tienen la opción entre el embrutecimiento del trabajo, el riesgo del "hold-up" (atracó), el azar de la lotería...

Aunque desagrada a los economistas, hemos de decir que el dinero es una cosa muy extraña. Esto salta a la vista en el momento en que uno cesa de ocuparse de él, de su innegable utilidad económica para concentrarse sobre su utilidad humana.

Esforcémonos en ser ingenuos.

¿Cómo es posible, por obra de qué magia infernal, la riqueza, posibilitada para satisfacer necesidades, ha llegado a encerrarse en la moneda? Libre de tomar una forma particular para hacerse visible a nuestros ojos habría podido apelar a nuestra buena memoria y a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, escoger el pan y el vino que son cosas útiles y agradables. ¡Pues no! Ha preferido encarnarse bajo la forma del oro y de la plata, metales entre los más raros e inútiles. Aún peor, hoy ya no se presenta al común de los mortales más que bajo la forma de papel.

La única necesidad a que responde la moneda es a la necesidad del cambio, y desaparecerá con la desaparición del cambio.

Es monstruoso querer suprimir el dinero conservando el cambio o queriendo de todas formas un cambio igual. A principios del siglo XIX algunos "socialistas ricardianos" propusieron que las mercancías fueran cambiadas directamente en función de la cantidad de trabajo dedicado a su producción. Los bolcheviques Boukharine y Preobrajensky propagaban en 1919 semejantes ilusiones:

"El dinero, desde el principio de la Revolución socialista, pierde valor poco a poco. Todas las empresas nacionalizadas, iguales a la empresa de un solo gran patrón... tienen una caja común y ya no tienen necesidad de hacer compras y ventas contra dinero. El cambio sin dinero es de ese modo introducido gradualmente. El dinero de este modo, es apartado del dominio de la economía popular. Incluso de cara a los campesinos, el dinero pierde valor lentamente y es sustituido por el trueque... La supresión del dinero se ve favorecida por la emisión por parte del estado de una enorme cantidad de papel moneda... Pero el golpe decisivo será llevado sobre el dinero por la introducción de cartillas de trabajo y por el pago de los trabajadores por medio de productos..."
(El ABC del comunismo).

Ha habido tentativas para desmonetizar por lo menos parcialmente la economía; expresándose las transacciones entre empresas únicamente mediante operaciones contables. Nada, ni muy famoso ni muy comunista, se ha conseguido con ello. Enhorabuena.

En el mundo comunista los productos circularán sin que el dinero tenga que circular en sentido inverso. El equilibrio no se dará a nivel doméstico o de empresa: toda salida de mercancía corresponde a una entrada de dinero y viceversa. Se establecerá directamente de manera global y se medirá directamente para la satisfacción de las necesidades.

El fin del cambio no quiere decir, evidentemente, que los niños ya no podrán intercambiar las canicas o los cromos y los enamorados caricias.

- Los trueques limitados subsistirán a pequeña escala. Sobre todo al principio completarán la red general de producción y pondrán remedio a sus rigideces.

La mejor indicación mostrando que el secreto de la moneda no reside en su naturaleza material es que los patrones monetarios han cambiado según los lugares y las épocas. La sal y el ganado han podido jugar este papel. Los metales preciosos, notablemente el oro, han sido finalmente seleccionados tan sólo en función de su inutilidad misma. En un momento de escasez el oro no puede ser retirado de la circulación para ser consumido. Cuando el oro se retira de la circulación para ser atesorado o para servir de ornamento es en función de su valor económico. Sus cualidades y sobre todo una rareza particular lo han hecho primar a un cierto nivel de desarrollo económico. En los primeros balbuceos del sistema mercantil la sal pudo ser una moneda a causa de su misma utilidad y del hecho de que se encuentra concentrada en lugares particulares. Fue objeto de circulación por excelencia.

Hoy en día la moneda tiende a desmaterializarse. Se encuentra garantizada no ya por el valor de su soporte sino por la banca y el sistema financiero que la controlan y la manipulan. No deja de ser un medio de cambio pero se convierte sobre todo en un instrumento al servicio del capital. Esto permite recuperarla y utilizarla adecuadamente para financiar inversiones, para dar crédito al capital.

Destruir la moneda no quiere decir quemar los billetes de banco y confiscar o fundir el oro. Estas medidas pueden ser necesarias por razones simbólicas y psicológicas, para desorganizar el sistema. Estas medidas no pueden ser suficientes. La moneda reaparecerá bajo otras formas si la necesidad y la posibilidad de la moneda persisten. El trigo, las conservas de sardinas, el azúcar... pueden llegar a ser medios de cambio y de salarización. "Tú haces ese trabajo, se te dan diez kilos de azúcar con los cuales podrás obtener carne, alcohol o un sombrero de paja".

El problema es, en primer lugar, el de la lucha por la producción, por la organización, contra la escasez. Después es la puesta en marcha de medidas disuasivas y represivas de cara a los que buscarán utilizar el periodo de reconversión para practicar el mercado negro. El oro y los otros materiales preciosos serán requisados por las autoridades revolucionarias para ser eventualmente... cambiados a los sectores no controlados, por armas y víveres.

La moneda es la expresión de la riqueza, pero de la riqueza mercantil. Ella no es directamente la satisfacción de las necesidades, sino el medio de satisfacerlas. Es pues también la barrera que separa al individuo de sus propias necesidades.

Las aspiraciones de los hombres resultan ser el reflejo de las cosas, de las mercancías que les hacen frente. Tener necesidades y satisfacerlas es querer y poder comprar y consumir. En este juego sólo se puede ser estafado. La riqueza, la verdadera felicidad no puede darse y debe mantenerse publicitariamente como un sueño inaccesible.

LA LEY DEL VALOR

La moneda sirve para el cambio. Pero moneda significa también medida. Lo que la moneda mide en el cambio, el precio de una mercancía, toma origen fuera de la esfera del cambio.

¿Cómo se establece el equilibrio, dentro del sistema capitalista, entre lo que es producido y lo que es consumido? ¿Entre el esfuerzo

administrado y el provecho obtenido? ¿Cómo se impone una determinada opción como más racional?

El problema se relaciona con cada mercancía particular, que es a la vez valor de uso y valor de cambio. El valor de uso es el beneficio que se considera que puede aportar. El consumidor está considerado a apreciarlo directamente. El valor de cambio que se expresa por el precio corresponde al gasto por el cual es comprendida esta ventaja. Gasto monetario para el comprador pero sobre todo y en principio gasto en trabajo.

El precio de un bien está determinado por las fuerzas que se ejercen a nivel de mercado, por la oferta y la demanda. Pero más allá devuelve al coste de producción que se descompone en trabajo inmediatamente servido y en trabajo contenido en los materiales utilizados para la producción.

En cada mercancía se expresa de esta manera la necesidad de un equilibrio entre el gasto y la ganancia social que se refleja en la necesidad del equilibrio financiero entre las empresas y los hogares. ¡La necesidad de un equilibrio pero no de este equilibrio precisamente! El precio de un bien no corresponde más que de un modo deformado a la cantidad de trabajo real gastado efectivamente y de igual modo a la cantidad de trabajo socialmente necesario. El equilibrio no se hace a nivel de la mercancía particular sino al de todo el sistema. Y aquí este equilibrio es más bien una especie de desequilibrio.

¿Acaso el precio de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que ella contiene? Sí y no. Sí, porque el precio tiene tendencia a variar en función de las ganancias de la productividad, porque un producto que exige el doble de tiempo que otro corre el peligro de costar dos veces más caro, porque la masa global de trabajo determina el valor global de las mercancías. No, porque no se puede establecer un lazo imperativo y simple entre cada mercancía y el trabajo dispensado. ¡Y todo esto porque si el precio de una mercancía estuviera determinado realmente por el trabajo concreto puesto en ella, cuanto más baja fuese la productividad, más vagos serían los trabajadores y más cara sería la mercancía! En realidad, los que ponen precios de coste elevados salen perjudicados en vez de favorecidos. Los que ganan son los que economizan gastos de producción y de trabajo. Y esto es así porque la formación de los precios está afectada por la tendencia a la nivelación de las tasas de provecho.

¿Qué queda pues de la ley del valor-trabajo heredada de los economistas clásicos que dice que el valor de las cosas está determinado por el trabajo? Esta ley es una ley general que determina a través de la formación de los precios la evolución general del sistema. El capital se desarrolla y se distribuye en función de las economías de tiempo de trabajo que puede realizar. Como un río, aunque su camino no sea el más corto, aunque se pierda en brazos muertos, aunque tenga muchos recodos, al final sigue ciegamente su pendiente natural destruyendo a su paso todos los obstáculos. La ganancia descontada que genera el capitalismo para invertir aquí o allá, para escoger tal técnica o tal maquinaria, lejos de contradecir esta tendencia no es más que la vía tortuosa a través de la cual se le impone.

Finalmente la ley del valor no se refiere tanto al lazo que existe entre la mercancía por una parte y su precio, y de la otra entre el trabajo creador y su disociación. Al convertirse el trabajo en valor, la obra se separa del trabajo y del obrero para situarse como un satélite en el espacio económico, en el que se mueve según sus propias

leyes. Cuando todas las mercancías llegan a ser autónomas y concurrentes terminan por obtener el valor entre ellas a través del cambio y por medio de la moneda. Con el comunismo desaparece la ley del valor cuyo desarrollo va unido de forma solidaria al del cambio y al de su influencia sobre la actividad humana.

¿Qué sucede con el equilibrio global entre los gastos y los ingresos en el propio sistema? Este equilibrio es un desequilibrio. Desde el punto de vista del valor la sociedad produce más de lo que gasta. El excedente se acumula. Sin ésto el capital no sería el capital.

Marx ha demostrado que existía una mercancía especial que tiene la facultad de producir más valor del que requiere su producción. He aquí lo que explica que el capital en movimiento aumenta, de transacción en transacción, en vez de quedar igual a él mismo. Esta mercancía es la fuerza de trabajo, su precio, inferior al valor que engendra, es el salario. La diferencia es la plus-valía.

El obrero no vende su trabajo sobre lo que falsamente se llama "el mercado de trabajo" sino su capacidad de trabajar, una parte de su tiempo. El trabajo no es una mercancía, no tiene valor. Es el fundamento del valor. El mismo, dice Engels, tiene tanto valor como peso la gravedad.

Cuando el capital sale de la esfera de la circulación para entrar en el antro del capitalismo aumenta a expensas del trabajo no pagado del obrero sin que la ley del valor sea burlada, sin que el beneficio no surja de alguna estafa o disloque las reglas del cambio. Cada capital-mercancía puede descomponerse en capital constante, que corresponde a la amortización de los materiales y máquinas utilizadas, en capital variable que corresponde a los salarios, en plus-valía o valor añadido que corresponde a trabajo no pagado.

El dinero es portador de una profunda mixtificación. Esconde la naturaleza original del gasto que ha engendrado verdaderamente el producto. Tras la riqueza, incluso la mercantil, están la naturaleza y el esfuerzo humano. El dinero parece producir intereses, criar. La sola fuente del valor, por mercantil que éste sea y más justamente porque es mercantil, es el trabajo.

Es cierto que los economistas más serviles asignan un pequeño lugar al trabajo como fuente de la riqueza al lado del capital y de la tierra. No por esto la mixtificación es abolida ni siquiera parcialmente. No es al trabajo como tal al que se concede este favor, es al trabajo en cuanto contrapartida del trabajo. No es el dinero el que es reducido al trabajo sino al contrario, es el trabajo el que es reducido, a través del salario, al dinero.

GRATUIDAD

Existe la tentación de concluir que con la desaparición del dinero en la sociedad comunista no habrá más problemas de costo a regular, que ya no habrá que estimar el valor de las cosas. Es un error fundamental.

Que cualquier bien o servicio sea gratuito, es una cosa. Que por esto no cueste nada, es otra. La ilusión proviene directamente del funcionamiento del sistema mercantil. Estamos acostumbrados a asimilar costo y pago. No vemos más que el pago, el gasto monetario. Olvidamos el gasto en esfuerzo y materiales que está en el origen del producto.

Tanto para el capitalismo como para el comunismo la gratuidad no quiere decir ausencia de gastos. La diferencia entre la gratuidad comunista y la gratuidad capitalista está en que esta última no es más que una falsa gratuidad. El pago no es inexistente, es simplemente diferido o desplazado. Que la escuela y la publicidad sean gratuitas no quiere decir que sean externas al sistema mercantil y que el consumidor no sea finalmente el que paga. La mercancía gratuita es muy perversa. Significa consumo impuesto o semi-impuesto, dificultad para escoger y rehusar lo que se nos "ofrece".

En la nueva sociedad el coste de las cosas deberá ser conocido y si es necesario calculado. No por maniqueísmo contable o para evitar engaños, ya sin razón de ser. Se tratará de tener en cuenta el gasto provocado para saber si es justificado, para reducirlo si es posible. Hay que evaluar el impacto positivo o negativo que provoca sobre el entorno humano y natural la satisfacción de una necesidad o la puesta en marcha de un proyecto.

Una aguja, un coche ¿justifican el tiempo y el esfuerzo dedicado a su producción y las desventajas correspondientes a su utilización? ¿Vale más implantar una unidad de producción en tal o cual lugar? ¿Una tal producción justifica que se reduzcan los stocks de minerales limitados? No se puede dejar actuar al azar o la intuición. Es fácil comprender que todo eso implica valoración, cálculo y previsión.

Si conservamos la noción de costo tan cargada de economismo, es porque no se trata simplemente de elección y de medida, de un proceso intelectual, sino de gasto físico. Sea cual fuere el nivel técnico alcanzado habrá actividades más costosas y trabajos más penosos que otros. Que todo se volviera fácil e indiferente sería una cosa triste y más extraña a una sociedad comunista que a otra.

La mercancía presenta una doble cara: valor de uso y valor de cambio. Parecen depender de dos órdenes irreductibles. El valor de uso, la utilidad, depende de lo cualitativo. El utilizador compara y aprecia lo que mejor le conviene, un avión o una naranja. La elección no puede ser independiente de su situación y de sus necesidades concretas.

El valor de cambio depende de lo cuantitativo. Los bienes se evalúan todos y se ordenan objetivamente en función de un patrón único, se trate o no de un avión o de una naranja.

El comunismo no es tanto un mundo donde se perpetúa un valor de uso liberado por fin del valor de cambio que lo parasita, como un mundo donde el valor de cambio se niega y vuelve a ser valor de uso. La ventaja y la desventaja se desprenden del mismo orden de cosas y ya no están unidas ni separadas espalda contra espalda. El valor deja de ser el valor para reaparecer como gasto concreto y diversificado. El trabajo deja de ser el fundamento y la garantía del valor. Ya no hay un patrón único que permite comparaciones cuantitativas entre todo, sino gastos y trabajos concretos, distintamente penosos que conviene tener en cuenta. Al dejar de ser el soporte del valor y ser unificado por el proceso del cambio, el trabajo deja de ser el TRABAJO.

"La economía burguesa es una economía doble. El individuo burgués no es un hombre, sino una casa de comercio. Nosotros queremos destruir todas las casas de comercio. Queremos suprimir la economía doble para fundar una de una sola pieza, que ya la historia conocía en la época en que el troglodita salía a coger tantos cocos como compañeros habla en la caverna, con sus manos como único instrumento" (Propiedad y capital, A. BORDIGA).

Habr a gratuidad porque el "don" substituir a a la venta. Los que efectuarán tal o cual trabajo con el objeto de autosatisfacerse o de ser útiles a otros, serán pagados directamente por el esfuerzo suministrado.

 Es ésto nuevo? No, puesto que incluso hoy a nadie se le ocurrir a hacer pagar, por una disputa el precio de su saliva. En una conversación no se cambia un cierto tiempo de palabra o una cierta cantidad de decibelios, uno se esfuerza en decir lo que tiene por decir, porque estima que tiene que decirlo. El interlocutor o el auditor no os debe nada a cambio por su atención. La esperanza de una respuesta, el riesgo de chocar con la incompresi n, el silencio, la mentira forman parte del juego. No son ni la espera del pago ni el riesgo del mercado. En la vida corriente la palabra no es una mercancía, hablar no es un trabajo.

Lo que aún hoy en día es válido para la palabra cuando no es grabada y difundida como mercancía, mañana valdr a para toda producción. La estimación del costo ya no ser a distinta del esfuerzo a cumplir. Lo previo, el primer paso del cálculo, ser a el impulso que llevar a hacia tal o cual actividad. Un libro o un zapato serán "ofrecidos" como lo pueden ser hoy las palabras. El don implica hasta un cierto punto reciprocidad, la palabra implica la respuesta, pero ésto no es ya el proceso anónimo y antagonista del cambio.

TIEMPO DE TRABAJO

Habiendo sostenido Ricardo, el economista oficial de la burguesía inglesa, a principios del siglo XIX, que el valor de un producto dependía de la cantidad de trabajo necesario para su producción, no ha faltado quien reclamara que el obrero reciba la integridad de su producto. El beneficio era condenado moralmente como un robo. El problema del socialismo es el de la remuneración, de una justa remuneración.

Un comunista americano, F. Bray, va más lejos. Ve en el cambio igual no la solución, sino un medio de preparar la solución que es la comunidad de bienes. Un período de transición en el que nadie pueda llegar a ser muy rico recibiendo sólo el valor de su trabajo. Cada uno recibir a en los almacenes el equivalente en objetos diversos de lo que él habr a producido bajo otra forma. El equilibrio se mantendr a entre la producción y el consumo.

En *Miseria de la Filosofía* Marx rinde homenaje a Bray pero también lo critica. O el cambio incluso igual vuelve a desembocar en el capitalismo: "M. Bray no ve más que la relación igualitaria, este ideal correctivo, que él quisiera aplicar en el mundo no es más que el reflejo del mundo actual, y que por tanto es totalmente imposible reconstruir la sociedad sobre una base que no es más que una sombra embellecida. A medida que la sombra toma cuerpo uno se apercibe de que éste cuerpo, lejos de ser la transfiguración soñada, es el cuerpo actual de la sociedad" O se termina con el cambio: "Lo que hoy es el resultado del capital y de la competencia de los obreros entre sí, será mañana, si suprime la relación del trabajo al capital, el hecho de una convención basada en la relación de la suma de las fuerzas productivas a la suma de las necesidades existentes. Pero una tal convención es la condena del cambio individual..."

Sin querer recurrir al cambio, ciertos revolucionarios, Marx y Engels en cabeza, han comprendido la necesidad imperiosa de regular el problema de los costos y de su contabilidad en la sociedad futura. Han buscado un patrón de medida para valorar y comparar los gastos.

Regularmente el patrón propuesto ha sido la cantidad de trabajo. Viéndose esta cantidad medida por el tiempo, corregida a veces por la intensidad. Toda inversión de la sociedad puede de esta manera ser reducida a un cierto gasto de tiempo. La naranja y el avión ya no corresponden a una cierta cantidad de moneda sino a un número dado de horas de trabajo. A pesar de la diferencia de su naturaleza pueden compararse en una misma escala.

Esta manera de hacer parece lógica. ¿Qué puede haber de común entre bienes diferentes sino el trabajo que contienen? De aquí partió Marx en *El Capital* para descubrir el trabajo como fuente de valor. ¿Qué otro patrón encontrar?

Marx y Engels adoptaron esta concepción sin detenerse en detalles prácticos. Otros han intentado desarrollarla más en detalle, fundándola sobre una contabilidad precisa en horas de trabajo, que permita evaluar el valor de cada bien.

Por nuestra parte, no hemos evocado un "más allá del trabajo" para enseguida precipitarnos miserablemente sobre la medida por el tiempo de trabajo, desde el momento en que se trata de abordar las duras realidades prácticas.

La teoría de la medida de los bienes o de la previsión de las inversiones por la cantidad de trabajo es falsa. Debe ser rehusada radicalmente. No se trata de una disputa de método sino de un problema de fondo que concierne a la naturaleza misma del comunismo.

La medida por el trabajo es todavía economicista. Pretende el fin de la ley del valor pero no ve todo lo que esto implica. ¡La sociedad capitalista tiende a perpetuarse aún desembarazándose de la división en clases y del valor de cambio! Se ha querido solucionar un problema que presenta dos aspectos. El primero es el de la remuneración obrera. El segundo más general, concierne a la distribución de las fuerzas productivas en el campo social.

¿Cómo distribuir sin dinero los bienes de consumo? ¿Cómo recompensar justamente al trabajador en función del esfuerzo dispensado?

A este respecto Marx retoma en *La Crítica del Programa de Gotha* el punto de vista de Bray. Lo libera de sus aspectos más enojosos. En un período de transición en que el principio "a cada uno según sus necesidades" todavía no podrá ser aplicado, la remuneración dependerá del trabajo aportado. Dependerá y no será igual, ya que una parte de lo que este trabajo representa, deberá ir a un fondo social para dedicarlo a la producción de los bienes de producción, la ayuda de los impotentes... El obrero no puede percibir el producto íntegro de su trabajo. Por otra parte, al no circular los bonos que atestiguan la cantidad de trabajo dispensada por el obrero, se extirpa el cambio desde su raíz.

He aquí lo que quiere decir, lo que exige que se tenga una contabilidad. "... el trabajo, para servir de medida, debe ser calculado según la duración o la intensidad, si no dejarla de ser un patrón de medida". (Crítica...).

Para Marx, el problema de la remuneración es accesorio y limitado a la fase inferior del comunismo. Por el contrario, la cuestión de la distribución de las fuerzas productivas, es fundamental y permanente.

En una sociedad comunista "desaparece en primer lugar el capital-dinero, al mismo tiempo que la transformación de las transacciones económicas que se derivan de ello. El problema se reduce simplemente

a la necesidad, para la sociedad, de calcular con anticipación la cantidad de trabajo, de medios de producción y medios de subsistencia que puede, sin el menor daño, asignar a empresas (la construcción ferroviaria, por ejemplo) que no proporciona ni medios de producción ni medios de subsistencia, ni efecto útil ninguno, durante largo tiempo, un año o más, obligando a descontar, de la producción total, trabajo y medios de producción y de subsistencia". (El Capital).

Calcular la cantidad de trabajo necesario no quiere decir sin embargo que la ley del valor pueda perpetuarse mientras desaparece el capital-dinero. En efecto, la cantidad de trabajo es repartida en función de las necesidades. Ya en Miseria de la Filosofía Marx escribe: "en una sociedad futura, en que el antagonismo de clases habrá cesado, el uso no será ya determinado por el mínimo de tiempo de producción; sino que el tiempo de producción que se consagrará a un objeto será determinado por su grado de utilidad".

La ley del valor no es más que una expresión particular, mercantil, de una regla más general que se aplica a toda la sociedad: "en realidad, ningún tipo de sociedad puede impedir que la producción sea regulada, de una u otra manera, por el tiempo de trabajo disponible de la sociedad. Pero, en tanto que esta fijación de la duración del trabajo no se efectúe bajo el control consciente de la sociedad -lo que únicamente puede hacerse bajo el régimen de la propiedad común- sino por el movimiento de los precios de la mercancías, la tesis expuesta con tanta precisión en Los Anales Franco-Alemanes será completamente válida". He aquí lo que Marx escribía a Engels el 8-1-1.868. ¿Cuál era la tesis expuesta por éste último? "He dicho desde 1.844 (...) que esta evaluación del efecto útil y del gasto de trabajo es todo lo que, en una sociedad comunista, podría subsistir del concepto de valor de la economía política. Pero establecer científicamente esta tesis, como se ve, no ha llegado a ser posible más que gracias a El Capital de Marx" (Anti-Dühring).

Lo que nos dice Marx y Engels de la sociedad comunista -¡y vemos que sí hablan de ella!- se desprende directamente de su análisis de la sociedad capitalista. Su concepción extrae de ésta sus cualidades pero también sus defectos.

Las cualidades consisten en demostrar que los problemas de reparto del consumo y de la remuneración del trabajo, no son fundamentales. Es el modo de producción lo que determina el modo de distribución. Afirmar, contra las buenas almas, que el trabajador no podrá percibir la integridad del producto de su trabajo, se prolonga directamente de un análisis del capitalismo en el que se muestra que el valor de una mercancía cubre además del salario y de la plusvalía, el capital constante. Hay que producir los instrumentos de producción. Contrariamente a las sociedades anteriores, capitalismo y comunismo son sociedades provistas de herramientas.

Capitalismo y comunismo son también sociedades cambiantes. No se puede contar con una experiencia inmemorial. No está todo regulado con anticipación por el uso pasado y corregido eventualmente por el buen sentido. La estimación de los costos no es tanto un problema de contabilidad como un problema de previsión. Sobre este punto fundamental habrá más bien una regresión en los comunistas posteriores a Marx. Ciertos consejistas reducirán la cuestión a la de una fotografía lo más exacta posible de la realidad y de los movimientos económicos.

El pasaje siguiente muestra como, para Marx, la sociedad presente y la sociedad futura deben resolver el MISMO problema. La primera, gracias al capital-dinero, al crédito y la segunda, prescindiendo de ello.

... operaciones bastante extendidas y de bastante duración entradas avances de capital-dinero más importantes, para un tiempo mayor. En tales esferas la producción depende pues de los límites en los cuales el capitalismo individual dispone de capital-dinero. Esta barrera se elimina gracias al crédito y al sistema de asociación que va parejo con él, por ejemplo las sociedades por acciones. Las perturbaciones en el mercado del dinero paralizarán en consecuencia tales negocios, mientras que por su parte estos provocarán perturbaciones en el mercado del dinero. Sobre la base de una producción socializada, hay lugar para determinar a que escala estas operaciones, que por un tiempo suficientemente largo utilizan fuerzas de trabajo y medios de producción sin aportar durante este tiempo efectos útiles bajo forma de producto, podrán ser ejecutadas sin perjudicar a los sectores de producción que no se limitan, de una manera continua o varias veces por año, a descontar fuerza de trabajo y medios de producción, sino que proveen también subsistencias y medios de producción. En una producción socializada como en una producción capitalista, los obreros de los sectores con periodos de trabajo relativamente corto, no deducirán productos, sin aportar otros productos en retorno, más que por tiempos relativamente cortos; por el contrario, en los sectores con largos periodos de trabajo, descontarán continuamente productos por tiempo suficientemente largo, antes de restituir algo. Esta circunstancia es el resultado pues de las condiciones objetivas del proceso del trabajo considerado, no de su forma social".

Marx y Engels sitúan el comunismo excesivamente en la prolongación del capitalismo. He aquí su defecto.

Mantienen la separación burguesa entre esfera de producción y esfera de consumo. Ya *El Manifiesto*, distingue la propiedad colectiva de los medios de producción y la apropiación personal de los bienes de consumo. Se afirma pues con fuerza que no se quiere socializar más que lo que ya es propiedad común y social: los instrumentos de producción capitalista. En *La Crítica del Programa de Gotha* se continúa oponiendo el consumo individual y familiar proporcional al tiempo de trabajo aportado al consumo productivo y social. Pero no se dice de que manera será gestionado éste último.

Hay confusión entre el modo de reparto de los productos y su naturaleza de "bienes de consumo" o de instrumentos de producción. De un lado están los individuos y del otro la sociedad concebida de una manera abstracta. Existen individuos aislados, en grupo, en comuna, que se enfrentan y se organizan.

En realidad cuando el estado o el jefe de empresa en tanto que representante del "interés general" desaparece, la Sociedad opuesta al individuo desaparece. No hay más que hombres aislados, en grupo, en comuna, que se organizan de tal o cual forma. A un individuo puede atribuirsele una máquina-herramienta y a un comité de barrio algunas toneladas de patatas.

La separación entre, por un lado, la fuerza de trabajo, los individuos separados y, por el otro, el capital social y colectivo desaparece. Para mantenerla no se puede invocar la necesidad de una remuneración en un período de transición. Por el contrario, la defensa de esta necesidad es en Bray o en Marx el reflejo de los límites de una época de la inmadurez del comunismo.

A pesar de sus anotaciones críticas y pertinentes, Marx continúa dominado por el fetichismo del tiempo. Ya sea considerándolo como instrumento de medida económica, o como un instrumento de medida extra-económica: "la verdadera riqueza significa en efecto, el desarrollo

de la fuerza productiva de todos los individuos. Desde este momento, ya no es el tiempo de trabajo sino el tiempo disponible el que mide la riqueza" (Grundrisse).

El tiempo de trabajo es la base del tiempo libre. El reino de la libertad no puede fundarse sino en el reino de la necesidad.

El error no está en continuar viendo la necesidad, el sacrificio, la producción en la nueva sociedad. El error está en empaquetar todo esto, colgarle la etiqueta "tiempo de trabajo", a reducir tanto como sea posible, y oponerlo globalmente al tiempo libre.

Marx dice en la *Crítica al Programa de Gotha* que el trabajo llegará a ser un día la primera de las necesidades. Esta fórmula no ha dejado de ser explotada en un sentido odioso por los dirigentes stalinistas. De todas formas hay una contradicción. ¿El trabajo en la sociedad comunista llega a ser un dispendio o una satisfacción? ¿Es preciso, en consecuencia, reducir al mínimo el tiempo de trabajo, o por el contrario, producir el máximo de trabajo posible para satisfacer las demandas? Solamente en la sociedad capitalista el trabajo puede aparecer como la primera de las necesidades, como el único medio de satisfacer las otras. Solamente allí puede ser a la vez detestado y reclamado.

FANTASTICO

Es algo bastante fantástico eso de medir según el tiempo de trabajo.

Querer medir toda actividad productiva por el tiempo que necesita es querer medir y comparar todos los líquidos por su sólo volumen. Es cierto que toda actividad requiere un cierto tiempo, como un líquido ocupa un cierto volumen. Esto no es banal. Una botella de agua de un litro podrá contener también un litro de vino. Pero nadie deducirá de ello que una botella de agua valga en toda circunstancia una botella de vino, de alcohol, de un refresco o de ácido clorhídrico. En rigor, sólo desde el estrecho punto de vista del almacenista ésto tendría sentido.

El tiempo es el único lenguaje objetivo en el que pueda expresarse el esfuerzo creador del siervo o del obrero, desde el punto de vista del explotador. Esto significa medida del exterior, control y antagonismo. La duración y la intensidad de la actividad son privilegiados por encima de su naturaleza y de su dificultad particular, que tienden a devenir indiferentes. La subjetividad de lo experimentado se sacrifica en provecho de la objetividad de la medida. La creación y la vida son sometidas a la producción y a la repetición.

La medida por el tiempo es anterior al sistema mercantil. En lugar de proveer tal o cual cantidad de tal o cual producto, el explotado pone al servicio del explotador una cierta parte de su tiempo. Por ejemplo, las prestaciones del tiempo feudal. El procedimiento es notablemente desarrollado con el sistema Inca. He aquí un gran imperio agrario unificado por una burocracia donde el dinero era desconocido. Las prestaciones se hacían bajo la forma de jornadas de trabajo realizadas en tal o cual dominio. Esto supone una minuciosa contabilidad.

En las comunidades campesinas o rurales uno hace una jornada de siega en casa del otro y vice-versa. El campesino y el forjador truecan sus productos sobre la base del tiempo de producción. La actividad del niño se valora como una proporción de la del adulto. Se puede ver en estas prácticas el origen del uso del tiempo como patrón universal e incluso de la sumisión del planeta a la economía mercantil. Pero solamente el origen. Con estas prácticas marginales se trata más bien

de ayuda mútua que de cambio. Las actividades medidas son de la misma naturaleza o concretamente comparables. La medida por el tiempo no es independiente del contenido medido.

Con el doble desarrollo del sistema mercantil y de la división del trabajo, la medida por el tiempo empezó a tomar su caracter fantástico, desvinculándose del contenido de la actividad al paso que ésta se diversifica.

El movimiento se acentúa cuando el cambio penetra en la esfera de la producción. La medida por el tiempo se desarrolla en relación a la tendencia a la economía del tiempo de trabajo. Hay que producir el máximo posible en el mínimo tiempo posible. La posibilidad de la medida por el tiempo no es independiente de la comprensión de la actividad humana dentro del menor volumen temporal posible. No solamente el trabajo produce la mercancía sino la mercancía produce el trabajo mediante el despotismo de la fábrica.

Con esto, la medida por el tiempo ya no aparece más dentro de su inocencia, se esconde tras el dinero y se justifica por las necesidades financieras.

Los ideólogos burgueses, especialmente los que invocan a San Marx, proyectan este fetichismo del tiempo y de la producción sobre toda la historia humana. No es más que una lucha incesante para liberar tiempo. Si los salvajes han continuado siendo salvajes es porque, dominados por su débil productividad, no han encontrado el tiempo necesario para la acumulación de excedente. El tiempo es escaso, se debe comprimir en él la actividad más densa posible.

En vez de pensar únicamente en ganar tiempo, los salvajes se ocuparían más bien del medio más eficaz de despilfarrarlo. A menudo son de un carácter indolente. A parte de algunos instrumentos de caza se preocupan poco de acumular bienes.

En el S. XVIII, Adam Smith renuncia a fundar el valor sobre el tiempo de trabajo por lo que concierne a los tiempos modernos. Pero este valor-trabajo actúa, según él, en estas sociedades primitivas donde las cosas son todavía poco complicadas.

Imagina que unos cazadores quisieran intercambiar sus distintas piezas cazadas. ¿Sobre qué base podrían hacerlo, sino sobre la base del tiempo de trabajo, en función del tiempo necesario para atrapar los animales? He aquí lo que supone una mentalidad economicista y cambista en donde reinan reglas de reparto y lazos de reciprocidad.

Admitamos no obstante que el intercambio ya existe o que nuestros salvajes hayan decidido emplear racionalmente sus fuerzas para adquirir carne con el mínimo costo. ¿Construirán su sistema en base al tiempo de trabajo necesario?

Hay placeres y riesgos en la caza de los que el tiempo empleado no dice nada. ¿Cuál es el valor de una comparación entre el león y el antílope fundamentada sobre la duración de la caza independientemente de la diferencia del riesgo? Ciertas modalidades de caza pueden ser menos rápidas pero más seguras, menos agotadoras, menos peligrosas, menos o más crueles.

¿Si quisieran, sin embargo, obstinarse en practicar este tipo de medida, podrían hacerlo? Es difícil evaluar con precisión el tiempo necesario para conseguir tal o cual pieza. Cazando sistemáticamente la carne más rentable, desde este estrecho punto de vista, nos arriesgamos a

- modificar la situación y el tiempo de caza necesario. De todas formas, a menudo se sale a cazar el antilope y se vuelve con conejos. Es inútil programar lo que no es programable.

¿Se nos dirá que ésto ya no es válido para nuestra época civilizada, que la caza es una actividad productiva muy particular? Hay que desengañarse. Es la omnipresencia del cambio la que nos disfraza la realidad. La medida por el tiempo de trabajo no se eleva por encima del azar de los riesgos humanos, del agotamiento de los recursos. Estos problemas no son propios de los salvajes sino de toda sociedad. Rechazados por la lógica del capital resurgen con fuerza..

La medida por el tiempo no tiene en cuenta más que indirectamente las repercusiones sobre el medio ambiente y lo penoso de la actividad. ¿Se la puede utilizar con el comunismo traduciendo la modificación o la destrucción de un paisaje, el agotamiento de una mina, la producción de oxígeno de un bosque, en su lenguaje? Las ventajas o inconvenientes inherentes a una producción serían estimadas en el tiempo de trabajo virtualmente economizado o virtualmente gastado. Sobrepassa en absurdidad al capitalismo querer reducir conscientemente los valores de uso y las cualidades a valores-trabajo. ¿Cómo evaluar el valor de un paisaje? ¿Debe considerarse el gasto necesario para reconstruirlo minuciosamente? A éste precio, nada sería rentable.

Para estimar el distinto valor de dos períodos de trabajo iguales en que los riesgos o la penosidad son distintos, ¿deben ser comparados a una misma escala? Una hora de albañilería costaría tanto como hora y media de carpintería. Se estimaría que la diferencia corresponde al gasto de tiempo necesario para cuidar al albañil, lavar sus ropas..., se renuncia a reducirlo todo a un gasto en tiempo de trabajo, pero entonces, ¿cómo establecer los coeficientes que expresan las diferencias de valor o de penosidad que existen entre los trabajos? ¿Por qué razón, por otra parte, querer establecer coeficientes objetivos cuando estas diferencias dependen de las condiciones y del ritmo de la actividad y de la afición de los participantes?

Cuando los trabajadores se desmanden, los partidarios de la medida por el tiempo o de la remuneración en función de las horas de trabajo corren el riesgo de verse sobrepassados. Desde el momento en que la actividad cese de ser compulsiva, cambiará de naturaleza y se dilatará. La cantidad y el carácter de la producción ya no podrán ser evaluadas en función de la duración del trabajo consumido. Una persona, en poco tiempo producirá bastante, otro en mucho tiempo hará pocas cosas. Si la remuneración pretendiera fundamentarse sobre el tiempo de presencia debería exigir carceleros serios o pronto sería una incitación a la pereza.

Que los trabajadores se pongan de acuerdo para asegurar una cierta producción o dedicar un cierto número de horas por día a trabajos productivos, es una cuestión de organización práctica que no está ligada directamente a la determinación del costo de lo que producen. En tal fábrica podrá emplearse el doble de tiempo que en tal otra, para fabricar objetos de igual costo.

Se puede ciertamente hablar de reparto social del tiempo de trabajo que la comunidad dispone, pero no hay que olvidar que el tiempo no es una materia que se distribuya con cucharón. Serán hombres los que irán a tal o cual sitio, se encargaran de tal o cual tarea. A partir del momento en que el tiempo disponible no es extraordinariamente escaso y no está destinado a satisfacer las necesidades absolutamente necesarias, habrá trabajos más urgentes que otros, hombres más rápidos que otros.

Con el capital es preciso disociar el precio, el gasto de la fuerza de trabajo y lo que él aporta, el trabajo que no tiene valor. Con el comunismo esta disociación pierde sentido. Ya no se puede separar fuerza de trabajo y trabajo, el hombre y su actividad.

Esto significa primero que ya no hay más plusvalía ni siquiera acaparada por la comunidad, o una nueva forma de excedente social. Ya no puede hablarse de acumulación ni de expansión sino en términos de tamaño físico. Hablar de acumulación socialista es un absurdo incluso si en un momento dado se produce más acero o plátanos que antes, incluso si se dedica más tiempo social a la producción. Estos movimientos no se traducen ya en valor ni en tiempo empleado.

Por consiguiente, esto significa que el trabajo, que con el capitalismo no tiene valor, lo adquiere con el comunismo. Este valor que adquiere no es ni moral ni mercantil. Ello no significa un elogio del trabajo sino que expresa por el contrario su superación.

El trabajo, fuente de valor, es un invariante. Se lo economiza, pero su identidad es incuestionable. Con el comunismo tal o cual actividad ya no se distingue del esfuerzo que experimentan los hombres que la practican. Los trabajos no tienen todos el mismo costo humano. Se trata de desarrollar los menos costosos.

En la sociedad capitalista, si se deja el punto de vista del capital para ocuparse del del obrero, el trabajo tiene también un costo, tal empleo es preferible a tal otro.

Por la noche se siente su fatiga o su angustia. Pero finalmente las diferencias son pocas. Siendo el trabajo considerado siempre como tiempo más o menos perdido. Nadie se obstina en calcular el aburrimiento o la degradación de la salud. Para el obrero el precio de toda esta mierda es el salario. Uno ya sabe que es una mixtificación y que el salario no está determinado por el esfuerzo prestado o el fastidio experimentado.

La superioridad del comunismo es la de no contentarse con la satisfacción de las necesidades de "consumo". Se aplica en la transformación de las actividades productivas, o bien de las condiciones de trabajo. La elección de las inversiones no se hace en principio, en función de la economía de tiempo de trabajo, incluso si existe la posibilidad de que intervenga la rapidez de ejecución. Se trata, al producir las condiciones en que se desarrollará la actividad, de favorecer las más agradables. Determinar las condiciones de la actividad no quiere decir determinar la actividad, el comportamiento de los mismos productores. El productor continúa siendo dueño de su acción, pero actúa en ciertas condiciones, en función de ciertas limitaciones sobre las cuales se puede actuar.

La producción, por parte de los hombres, de los instrumentos y del plan de la producción permite esta transformación de la actividad humana. El desarrollo de la tecnología puede orientarse en una dirección más o menos favorable a los productores. Tal o cual tipo de máquina o conjunto de máquinas, permite a los que la utilizan cansarse menos, depender menos de un ritmo de producción. Pueden desarrollarse sistemáticamente las características que permitan a los hombres ser lo más libres posible en el proceso productivo.

Que no se nos diga que las preferencias personales, la subjetividad, impiden objetivar toda elección. Existen unas constantes generales. No pretendemos que los criterios deban tener un alcance universal. Variarán según las épocas y según las situaciones. Los hombres se pondrán de acuerdo para determinar lo que mejor convenga. La diversidad de preferencias y la voluntad de experimentar pueden llegar a desarrollar caminos diferentes en función de un objetivo parecido.

La estimación de los costos no puede reducirse a la necesidad de equilibrar "ingresos y gastos", el equilibrio debe ser concebido como equilibrio dinámico. A partir de las condiciones legadas por el capitalismo, se trata de orientar un cierto tipo de desarrollo ¿El costo consentido para construir tal conjunto productivo, tal cuadro de vida, se justifica? ¿La automatización de tal unidad de producción justifica los esfuerzos necesarios para la fabricación de máquinas automáticas? La lógica de la economía del tiempo de trabajo que organiza la construcción de situaciones en el mundo capitalista, cede el lugar a otra lógica. Lógica que ya no es exterior a los hombres que la ponen en práctica. La humanidad organiza y domina en función de sus necesidades la construcción de las situaciones. En este sentido se vuelve situacionista.

¿ASCENSOR O ESCALERA?

Detrás de la noción económica de costo conviene encontrar de nuevo la realidad más cotidiana y más banal que termina por disimular.

Todo el mundo se pregunta si lo que emprende vale la pena o no. ¿El resultado asegurado justifica el gasto o el riesgo? ¿Hay medios menos costosos, es decir más agradables, de obtener un resultado parecido o suficientemente satisfactorio?

Si este tipo de preguntas surgieran de la economía no habría más que economistas o managers. De hecho son los problemas económicos y financieros los que son un caso particular, y más bien extraños, de una problemática más general.

La evaluación espontánea e ingenua de los costos ha precedido en mucho tiempo a la aparición del capitalismo. Subsiste al margen de la esfera económica aunque nuestras elecciones deban siempre tener en cuenta las necesidades financieras. Lo que la caracteriza es que se efectúa sin subterfugios monetarios y no se reduce a criterios temporales.

En rigor, la evaluación de los costos no es patrimonio del género humano. La paloma que duda en venir a picotear los granos que se le ofrecen, a su manera, también lo hace. Que se equivoque en los riesgos y acabe en la cazuela no cambia nada al asunto. La estimación no excluye obligatoriamente el error.

La elección del pájaro depende más del instinto y de la costumbre que de otra cosa. Con los seres humanos pasamos a otro nivel.

El individuo que se encuentra al pie de una casa, que debe subir a un cierto piso, que puede escoger entre el ascensor y la escalera tiene ante sí un problema de costos. Puede que esté una hora reflexionando, puede que haga su elección maquinalmente sin pensarlo.

El problema es simple si se reduce a las tres soluciones que se ofrecen: el ascensor, la escalera o el abandono. Se complica si se consideran los elementos que intervienen conscientemente o no en la decisión. ¿A qué piso hay que subir? ¿Se sabe cual? ¿La persona tiene buena salud? ¿Es viejo? ¿Cansado? ¿Lisiado? ¿Qué altura tienen los peldaños? ¿Qué pendiente la escalera? ¿qué velocidad y frecuencia tiene el ascensor? ¿Cuál es la urgencia del asunto?

La decisión tomada no será económica. Será subjetiva, directa y ligada a una situación concreta. No es monetaria. No se trata de saber qué solución saldrá más cara, a no ser que el ascensor funcione pagando.

La rapidez de ejecución puede intervenir en la elección, puede que llegue a ser determinante, pero no va ligada a la situación. La economía de tiempo será privilegiada si se trata de un bombero, a no ser que prefiera utilizar su larga escalera.

¿Cómo aplicar a la economía lo que es justamente exterior a la esfera económica? Es un falso problema. El verdadero problema es saber si se puede ir más allá de la economía, disolverla en tanto que esfera separada.

Se trata de acabar con la economía. Esto no ha sido posible porque de repente hayamos descubierto que se podían sustituir los métodos actuales por procedimientos más simples y directos. Paradójicamente, el desarrollo de la economía, la socialización de la producción, la enorme interdependencia de las empresas, la puesta a punto de métodos de previsión y de cálculo económico, permiten esta ruptura.

En el futuro, los principios que guiarán nuestras elecciones, serán tan simples y transparentes como lo que practicamos a diario. Se tratará de reducir los esfuerzos, las fatigas, los gastos. Esto no será en sí el objetivo de la vida social, pero sí una tendencia en el seno y en función de los proyectos puestos en marcha. Quizá se fijen tareas muy difíciles y peligrosas pero nos esforzaremos por facilitarlas. Un equipo de alpinistas puede lanzarse al asalto de un pico difícil sin que esto signifique hacerlo con las manos desnudas.

Principios simples no siempre comportan métodos y soluciones fáciles. Las dificultades provendrán de la naturaleza misma y de la complejidad de los problemas a solucionar. Puede que nazcan también de la inadecuación de los métodos de cálculo al objeto del cálculo o de la dificultad para determinar los criterios de elección. El riesgo de error, la necesidad de contentarse con aproximaciones, nada desautorizan. De todas formas esto no constituirá un retroceso en relación al estadio presente.

Lo que hoy vale para la utilización de la escalera o del ascensor, valdrá mañana para su producción y su instalación. Las obligaciones objetivas entre las que se mueve el usuario ya no serán determinadas económicamente.

¿Es mejor construir una escalera, un ascensor, las dos cosas, o no construir ninguna? Estas preguntas implican toda una serie de interrogantes. ¿Vale la pena subir? ¿Esta necesidad es tan importante o frecuente como para justificar el gasto necesario para fabricar la escalera, el ascensor, la cuerda o la patada en el culo que te hace llegar al piso deseado? Se puede invertir la perspectiva. ¿Visto el costo de los ascensores se debe construir edificios altos? ¿Por el contrario, visto el placer que proporciona la fabricación de ascensores, se deben multiplicar los rascacielos?

La lista de cuestiones a plantearse es prácticamente infinita. Esto parece descorazonador. En realidad sólo un pequeño número serán planteadas. Muchas serán descartadas por el simple sentido común. Nuestros alpinistas no podrán exigir un ascensor para su expedición. Toda decisión se hace en función de una situación concreta en la que un montón de cuestiones han sido solucionadas a priori por los hechos. La costumbre nos juega malas pasadas, pero nos evita molestias. Hay muchas probabilidades de que el hombre que estaba al pie de la casa se base en la costumbre. La estimación de los costos adquiere toda su importancia cuando uno se encuentra frente a una situación nueva, cuando se genera un nuevo proceso productivo. El problema de la fabricación y de la instalación del ascensor y de la escalera corre el riesgo de ser un problema corriente que se efectúa en función de elementos conocidos. Un caso algo particular o algo nuevo será tratado como una modificación de otra situación más clásica.

Hay una jerarquización de las soluciones. Cuando se decide la construcción de una casa, el costo de los medios de ascensión será probablemente secundario. Una vez tomada la decisión general, habrá que construir la escalera, el ascensor o las dos cosas. Las opciones subsistentes se referirán a la naturaleza y a la calidad del material. Estas elecciones tampoco se harán en absoluto sino en función de los productos y de las técnicas realmente seleccionadas y desarrolladas en este dominio. Toda elección tiende a despejar la solución óptima, pero toda elección se hace en función de un cierto número de imposiciones. Lo óptimo tiene el riesgo de ser un compromiso entre los intereses de los distintos grupos afectados.

El fin de la división de la economía en empresas concurrentes, no significa que toda la producción social tenga que formar un único conjunto coordinado donde toda actividad será sometida inmediatamente a otra, donde no habrá más que un único interés común y donde la estimación de los costos se hará directamente a nivel global. Por razones humanas y técnicas, los productores se fraccionarán en grupos cuyos intereses ya no serán antagónicos, pero cuyas opiniones podrán ser divergentes. Incluso si los individuos van de una ocupación a otra, de un taller o de un tajo a otro, incluso si los grupos no son permanentes, el fraccionamiento en el tiempo y en el espacio persistirá.

La construcción de un edificio implica la entrada en acción de distintos oficios. Podemos imaginar que con el comunismo el arquitecto se haga peón, albañil o pintor. Esto no evitará, sobre todo si la construcción es importante, la división de los hombres en equipos distintos y trabajos en fases separadas. Los constructores se verán obligados a pedir ayuda exterior. Se tendrán que aconsejar. Tendrán que procurarse máquinas y materiales.

¿Cómo conocer y darse cuenta del costo de estos productos venidos del exterior? Los constructores pueden tratar de facilitarse la tarea cuando se trata del reparto y de la utilización de sus propias fuerzas y capacidades. Pero cuando tienen que picotear en los stocks que no han constituido ellos mismos, esto ya no es válido. Tal material cuya utilización es más cómoda, o bien reportará más satisfacción a los usuarios del edificio, puede no obstante ser rechazado visto su costo de fabricación.

En cada situación es necesario que la ventaja obtenida justifique el gasto para evitar problemas.

Los productos, e incluso los procesos de producción, deberán tener un costo conocido objetivamente. En función de éste costo los usuarios harán una elección racional.

¿Quiere esto decir que cada producto será etiquetado con su "precio"?
¿El ama de casa, al hacer su compra, se encontrará frente a una col o una zanahoria acompañadas de un índice cifrado?

Sería una triste repetición de la sociedad actual. Por regla general cada cual tomará aquello que necesite a partir del momento en que esté disponible y no se tenga noticia de una demanda más urgente que la suya. El cálculo de los costos es primero una previsión y se traduce directamente en la naturaleza y la cantidad de los bienes ofrecidos. No hay ninguna necesidad de etiquetas cifradas para ejercer presiones, a no ser sobre la cartera, al menos sobre las intenciones del usuario.

Hay diversas clases de cemento que actualmente tienen, y continuarán teniendo diferentes costos de producción. Sería estúpido utilizar un cemento dos veces más caro que otro que sirve igual. Por regla general

la naturaleza del producto o su modo de empleo son suficientes para determinar el uso deseado; cuando exista riesgo de confusión bastará con especificar en el modo de empleo la diferencia de coste entre los distintos productos.

Actualmente el trabajo muerto pesa sobre el trabajo vivo, el pasado sobre el presente. En el comunismo el coste del producto no es la expresión de un valor a realizar, de un equipamiento a amortizar. Esto quiere decir que el coste de un objeto no representará forzosamente el gasto que ha necesitado. Ni tan sólo un gasto medio necesario para el conjunto de los productos de su especie.

Un producto tendrá el coste por el cual podrá ser reemplazado en el presente. Un alza o una baja de productividad no tendría ninguna razón de traducirse en una diferencia entre coste de producción y coste de venta. Se anotaría inmediatamente como tal incluso para los objetos fabricados anteriormente. Esta variación podría traducirse por una expansión de la producción afectada si se vuelve más rentable. El aumento de las inversiones no tendrá como base un sobre-beneficio.

Pueden existir diferencias de coste en la producción de un mismo producto o de dos productos similares. Esas diferencias pueden provenir del mantenimiento de procesos de fabricación más atrasados que otros. A menudo están determinadas por condiciones naturales. Los rendimientos agrícolas son muy variables, todas las minas no presentan la misma facilidad de explotación. ¿Quiere eso decir que productos semejantes se verán afectados por costos diferentes, o que aparecerá un costo medio válido para todo, al igual que hoy funciona el precio medio del mercado?

Será muy importante que las diferencias de coste sean conocidas. Pero eso no afectará a los usuarios de estos productos. No serán perjudicados unos, ni favorecidos otros; simplemente se intentará desarrollar los procesos de producción más ventajosos.

Si el aumento de una producción significa una baja de rentabilidad, esto no quiere decir que tenga que ser descartada. Primero porque esta baja de rentabilidad puede ser un fenómeno pasajero y transitorio. Después, porque hay que valorar la importancia de las necesidades a satisfacer. Así, en lo que concierne a la producción de alimentos, un aumento significa a menudo un rendimiento decreciente. Supongamos que se cultiven terrenos menos fértiles. No será una razón para rechazar el alimentar una parte de la población y lanzarse a actividades donde la rentabilidad aumenta.

Los rendimientos decrecientes pueden, por otra parte ser a corto plazo. Sembrar en un desierto no es prometedor; pero inversiones importantes, como la puesta en marcha de procesos de irrigación y nuevos métodos de cultivo pueden cambiar muchas cosas. Un desierto quemado por el sol, una vez regado, o una granja marina, pueden superar a terrenos tradicionalmente fértiles.

Lo que hoy parece irrealizable será mañana posible. Las técnicas modernas en lugar de favorecer la carrera de armamentos servirán para fertilizar los desiertos.

A partir del momento en que la demanda de un bien aumenta, se corre el riesgo de acarrear una baja o un alza del coste para las nuevas unidades a producir. Una baja, tenderá a aumentar la demanda de este producto. Si por el contrario hay un alza, se trata de saber cuándo el coste empieza a ser prohibitivo. En este caso hay que determinar si es la última demanda la que debe ser apartada o por el contrario si se debe satisfacer abandonando o reduciendo otras demandas.

CALCULO

A partir del momento en que se emprende la puesta en marcha de proyectos complejos, cuando ciertas decisiones determinan otras muchas decisiones, debemos ser capaces de prever y calcular para seleccionar los procedimientos mas costosos. A menudo, el coste debe ser estimado en función del largo plazo. Una ganancia al principio o una falta de estudio pueden tener costosas consecuencias para el futuro.

Escogiendo tal o cual ancho de via férrea, se opta de una manera difícilmente reversible. En este caso como en muchos otros, una falta de previsión al comienzo puede acarrear unas condiciones de utilización mucho menos racionales.

Se trata también de determinar los coeficientes técnicos que relacionan entre sí la producción de diversos productos. La producción de tal material o tal objeto implica necesariamente la producción y el gasto de otros bienes según una relación determinada.

Se trata de anticipar los gastos posibles, de simular la realización de un proyecto. Estas previsiones pueden llevar hacia proyectos considerables, por los medios que movilizan, por la duración de su desarrollo, por las variantes que suponen.

Admitamos que haya hombres con la ambición de alcanzar, explorar y eventualmente instalarse en un planeta virgen. No se pueden lanzar a semejante operación por una simple cabezonada. Hay que valorar las posibilidades y prever los gastos.

La primera estimación de la validez del asunto vendrá dada por el número de individuos interesados en participar en él o en apoyarlo. Este número también vendrá determinado por la impresión de seriedad que se desprenda del proyecto y de sus partidarios.

Una vez animados en el proyecto, habrá que determinar alternativas y hacerlas compatibles entre sí. ¿Debe centrarse la exploración hacia ingenios automáticos o hacia naves habitadas? ¿Debe preferirse para esas naves una atmósfera de aire o de oxígeno?

Estos problemas son hoy en día cuestiones técnicas sobre las que pesan condicionamientos financieros y políticos. Con el comunismo sólo hay cuestiones técnicas que a su vez son cuestiones humanas. El debate sobre los ingenios automáticos, habitados o habitables, se centra sobre el nivel de la ciencia, sobre el confort con que quiera proveerse a los cosmonautas, sobre los esfuerzos de construcción, sobre el futuro de cada proyecto...

Las elecciones efectuadas se condicionan unas a otras. Por tanto no es necesario que todo sea decidido y previsto de antemano. Las primeras decisiones orientan lo que sigue sin que, no obstante, deban definirlo todo minuciosamente. Lo que importa es que en cada etapa la elección efectuada sea lo mejor posible y no conduzca a un callejón sin salida. El número de decisiones a tomar es enorme, pero no se toman todas a la vez y se pueden hacer rectificaciones.

¿Por qué complicarse la vida con todas esas historias? Con el capitalismo todo se regula automáticamente.

Nada hay más falso. Porque los costes se conviertan en precios monetarios y el mercado sancione el comportamiento de las empresas, no todo es automático. A un nivel global existe planificación y previsión, y ésto vale también para las empresas, por poco consecuentes que sean.

No todas las operaciones son inmediatamente sancionadas por el mercado. Esta sanción* representa la etapa final de un conjunto de gastos y de decisiones.

Es preciso anticiparse a la decisión del mercado. Las empresas potentes ya no hacen depender directamente su precio de las fluctuaciones del mercado sino que tienden a calcular e imponer un precio óptimo. Este precio no es forzosamente el que permitirá que circulen el mayor número de mercancías, o que puedan maximalizarse las entradas de dinero a corto plazo. Puede ser fijado en función de una estrategia global. En los países del Este se empiezan a determinar los precios por métodos matemáticos.

Tanto en el Este como el Oeste la empresa tiende a prescindir del mercado para imponer su estrategia a través de sus precios. No es una tendencia fundamentalmente nueva. Hoy se ve acentuada por la potencia de los grupos, por la posibilidad técnica de singularizar un producto, por el desarrollo de los métodos de cálculo económico. La competencia y el mercado no son abolidos. Simplemente son retardados sus efectos y la batalla entre monopolios no se centra directamente y únicamente sobre el nivel de los precios.

Lo importante es que se desarrollan, en el seno mismo de la sociedad y de las empresas capitalistas, métodos de estimación y de previsión que, de manera más sistemática, podrán ser utilizados con el comunismo. El desarrollo de los ordenadores es acompañado de toda una investigación matemática destinada a representar y a formalizar la realidad para tratar problemas de opción, de simulación, de estrategia económica. Incluso cuando ya no se trate de tomar en consideración ni de satisfacer criterios financieros, esta investigación podrá ser utilizada y desarrollada.

Corrientemente, las empresas no cuentan con el mercado para organizar lo más racionalmente posible la producción de bienes. El mercado es la sanción de un comportamiento y no un guía preciso y técnico para este comportamiento.

"Así, imaginemos un industrial que desee fabricar con barras de hierro el máximo número de cajas cilíndricas. Si está asesorado por un ingeniero, podrá calcular enseguida la relación altura/diámetro asegurando la mejor utilización del metal: esta relación vale 1.103. En su defecto, nuestro industrial adoptará valores al azar. Pero si aparece una competencia entre varias empresas, las que hayan escogido peor los valores se arruinarán. Y consiguientemente, por vía puramente experimental, los fabricantes serán conducidos a retener -sin saber porqué- los coeficientes más próximos de 1.103". (Le roman de la vie, A. DUCROCQ).

La racionalización "científica" se extiende a la propia organización de la producción y de la distribución. La investigación operativa completa la costumbre y el buen sentido.

Ya en 1.776, el matemático Monge emprendía el estudio sistemático de la organización menos pesada de los trabajos de limpieza. Esto desembocó también en aportaciones puramente matemáticas.

Aplicada a las operaciones militares durante la segunda guerra mundial, la investigación operativa continuó desarrollándose gracias a la potencia de los calculadores electrónicos. Se utiliza para problemas de competición y de reacción entre adversarios, fenómenos de espera, gestión de stocks, previsión de la usura y de la sustitución de equipamientos, simulación...

Ya no se trata solamente de simple contabilidad sino de deducción a partir del análisis del pasado y del presente, de lo que podría producirse y de lo que sería deseable.

COMPARACIONES

En el comunismo, al igual que en el capitalismo, para estimar los costos y escoger las mejores soluciones hay que poder comparar. ¿De qué modo hacerlo?

Mientras exista una moneda, es decir un equivalente universal, todo es simple ya que cualquier bien puede ser evaluado en función de este patrón único. Hay una relación cuantitativa entre todos los productos. A partir del momento en que se quiera prescindir de la moneda e incluso de la medida por la cantidad de trabajo, ¿sobre qué fundar la comparación? ¿Qué otra cosa se puede encontrar que sea común a todos los bienes, que los haga comparables entre sí?

No existe otro patrón único y universal válido. Se prescindirá pues de ello. Eso no impedirá las comparaciones. Estas comparaciones serán cualitativas y se fundarán sobre criterios diferentes y variables. Ya no se efectuarán en función de una referencia abstracta y universal, sino que quedarán ligadas a situaciones y objetivos concretos.

Lo fantástico es que bienes diferentes pueden ser equivalentes entre sí independientemente de su propia naturaleza. Puede comprenderse que los alimentos puedan ser comparados en función de su riqueza en proteínas de su peso, de su frescor. Pero éstos distintos criterios no permiten definir una equivalencia general.

La necesidad de una equivalencia general no puede dissociarse de la necesidad del intercambio. Todas las cosas deben poder compararse desde un punto de vista universal porque se han convertido en bienes intercambiables, en valores económicos. Es precisamente eso lo que debe desaparecer y es esto lo que el sueño o la pesadilla de la medida por el tiempo de trabajo desearía salvar disfrazándolo.

Incluso bajo el reino del capital no todas las comparaciones pueden ser reducidas a comparaciones de valor. Los bienes continúan siendo valores de uso. El juicio del comprador se refiere al precio pero también a la utilidad y a la calidad del producto.

Cuando alguien hace su compra y escoge entre una lechuga y un manojo de rábanos lo hace en función del gusto de un pariente, de la comida anterior, del aspecto del producto del espacio que le queda en su cesto... El precio no es verdaderamente determinante más que cuando dos productos idénticos tienen valores diferentes.

La multiplicidad de criterios que entran en juego no impiden a esa persona hacer comparaciones y elegir. Su criterio es subjetivo. No es universalmente válido. Esto no quiere decir que sea irracional respecto a la situación concernida.

Cuando se trate de elegir entre varios procedimientos de fabricación será necesario encontrar un acuerdo más general. La opción será menos subjetiva en el sentido de que no deberá depender del talante momentáneo, ya que sus consecuencias serán a más largo plazo.

Actualmente sucede que las evaluaciones puramente monetarias no son decisivas o se ven corregidas por otras. Los riesgos de variaciones importantes de ciertos precios en el transcurso del tiempo o las necesidades políticas contrarían las visiones financieras.

Tomemos la cuestión de las centrales nucleares. Frente a los argumentos económicos se oponen puntos de vista sobre el costo ecológico, social o político. Se habla a menudo con mala fé, de rendimiento energético, de problemas de transporte y almacenaje de desperdicios, de independencia nacional, de creación o reducción de puestos de trabajo.

En la sociedad comunista ya no es necesario establecer toda comparación a escala universal. Basta con poder determinar las posibilidades realmente ofrecidas y favorecer las que ofrezcan resultados más rápidos, las que sean más seguras, las menos peligrosas...

Lo importante es determinar un conjunto de criterios pertinentes y en función de éstos criterios confrontar directamente las diversas soluciones que se vislumbren. No se trata tanto de cuantificar, como de ordenar los diversos criterios y soluciones. Lo que predomina es la significación relativa, cualitativa.

No es que contemos con las calculadoras para arreglarlo todo pero serán necesarias y utilizables. *"Concebidas primero para operaciones contables y a posteriori para la gestión, empleadas también para cálculos científicos, han sido consideradas durante mucho tiempo (diez años quizás...) como instrumentos destinados a ofrecer resultados cuantitativos. Este carácter se transforma. Gracias a los métodos de la investigación operativa, y más especialmente a los de la simulación, la acumulación de cifras lleva a un resultado cualitativo: ya no interesan los números exactos sino su significación relativa de la cual depende la orientación de la elección. De este modo, las calculadoras se convierten en medios de gestión previsional".* (La recherche operationnelle, FAURE BOSS y LE GARFF).

Lo que debe ser simplificado y universalizado no es tanto los factores de decisión que entran en juego como los procedimientos de resolución, los programas que permitan tratar un conjunto de datos. En cierto sentido, cuanto más importante sea el número de criterios, más precisa será la representación de la realidad.

Podemos imaginar lo que sería un debate sobre la importancia de las diversas fuentes de energía. Un número importante de datos entraría en juego. No se podría utilizar un único criterio más que mutilando la realidad. Las decisiones deberían tomarse de una manera global en función de los recursos y de las necesidades diferentes de cada región.

El comunismo no excluye las decisiones y comparaciones puramente cuantitativas. Continúan siendo válidas cuando un único criterio de elección basta, en función de la naturaleza de los productos en juego. Esto es así cuando se trata de acrecentar o de reducir una producción determinada. Así sucede cuando la economía del gasto corresponde a una economía cualitativa en la utilización de un material considerado para un mismo uso, como en el caso de las latas de conserva. Pero incluso en este caso, esta economía no debe considerarse como una economía en tiempo de trabajo, sino simplemente en cantidad de material. El que se traduzca por una reducción de la duración de la actividad productiva es simplemente una consecuencia posible.

¿No deberíamos temer este frenesí comunista de racionalización? ¿No corre el peligro de converger en el frenesí capitalista de explotación?

Hoy, racionalización y explotación se confunden. El hombre tiende a ser considerado como un objeto del que hay que sacar lo máximo posible. Se desarrollan métodos inhumanos que no se derivan de imposiciones técnicas: ritmos infernales, trabajo en dos o tres turnos. La racionalización capitalista, brutal o suave, se realiza siempre en mayor o menor grado en contra de los hombres. Siempre es irracional.

La racionalización comunista no tiene por objetivo imponer un ritmo de trabajo. Tenderá por esencia a aumentar la libertad y la satisfacción de los humanos. La toma de decisión y la puesta en práctica no se hará exteriormente a las preferencias y a las costumbres de la gente interesada. Existirán imposiciones técnicas, necesidades de producción, que influirán sobre la marcha y la duración de la actividad. Pero ésto no tendrá nada que ver con la rentabilización del capital humano.

El comunismo no es un movimiento político. Es la crítica del Estado y de la política.

La intención de los revolucionarios no es conquistar y servirse del poder de estado, aunque sea con el fin de destruirlo. El partido del comunismo no se presenta como un partido político y no pretende hacer la competencia a estos organismos.

Al establecerse la comunidad comunista desaparece toda actividad política en tanto que actividad distinta y búsqueda del poder por el poder. Ya no hay, por un lado, la economía -esfera de la necesidad- y, por el otro, la política -esfera de la libertad.

FIN DEL ESTADO

El culto del estado es fundamentalmente anticomunista.

Nace y se refuerza paradójicamente de todas las fallas, de todas las debilidades, de todos los conflictos que engendra la sociedad capitalista. Es el salvador supremo. El último recurso de la viuda y del huérfano. Accesoriamente, y aunque se pretenda por encima de las clases y se presente como el que garantiza el interés general contra los excesos particulares, se ocupa de defender la propiedad y los privilegios.

Hubo una época en la que la burguesía en ascenso manifestaba sentimientos anti-estatistas. Hoy lo más que manifiesta es fastidio. La época en que los revolucionarios burgueses pretendían que los pueblos más felices eran los pueblos sin estado ya ha pasado. El aumento de la peligrosidad del proletariado, el desarrollo de los imperialismos en competencia, la amplitud de las crisis económicas han mostrado lo interesante que es disponer de una máquina de estado potente y principalmente un buen aparato de represión.

Los partidos políticos disputan entre ellos para conquistar, en nombre del pueblo, esta máquina de estado que presentan como un instrumento neutro. Los leninistas consecuentes proclaman el carácter de clase del estado y la imposibilidad de controlarlo por una simple victoria electoral. Deducen de ello la necesidad de su desmantelamiento, pero se trata entonces de sustituirlo por un "estado obrero".

Ha sido un honor de los anarquistas el haber mantenido un anti-estatismo fundamental.

Sin embargo, incluso más que contra el dinero, todo el mundo se cree en el deber de echar pestes contra el estado. Se protesta contra la torpeza de la administración, lo gravoso de los impuestos, la arrogancia

de los policías, la ambición de los políticos, la estupidez de los electores... Pero, lo que sobrepasa los límites de la imaginación es la propia desaparición del Estado. Y ésta es la que se proponen, sin imaginación, llevar al poder.

El estado ha intervenido cada vez más abiertamente en la vida social desde hace algunos decenios. El advenimiento del estalinismo y del fascismo han sido tan sólo unas etapas más visiblemente marcadas por este proceso. Allí donde algunos han creído ver que el estado se convertía en popular es necesario ver la acentuación del control del estado sobre las poblaciones.

Hay que señalar especialmente la usurpación o la integración al aparato de estado de organismos de defensa y de solidaridad obrera. Por diversos canales los seguros sociales, los aparatos sindicales se han sometido al estado. Esto les permite actuar más o menos como grupos de presión. Sus declaraciones de independencia y de oposición no deben ilusionar, pues están dentro de su papel.

Evidentemente esta integración de la lucha y esta oficialización del comparsa social han sido presentadas como grandes victorias de la clase obrera. Las luchas de los trabajadores son provechosas para una capa de especialistas de la contestación y se traducen por una institucionalización creciente de las organizaciones "obreras". A menudo estas "adquisiciones" no se traducen ni siquiera por una redistribución de los recursos hacia las capas más desfavorecidas sino que contribuyen a sacarles más dinero. A pesar de lo que pretenden hipócritamente sindicatos y gobiernos.

La estatización creciente no debe ser considerada únicamente como un debilitamiento del proletariado. Corresponde por el contrario a la necesidad de controlar su potencia creciente. Esta estatización compensa la fragilidad de las sociedades modernas; pero tampoco ella escapa a esta fragilidad. El encuadramiento estatal de la población se hace posible tan sólo merced a la complicidad de esta población. La revolución anti-política mostrará el carácter totalmente superficial de este encuadramiento.

Contrariamente a los politiqueros de todos lados, los revolucionarios se guardan muy bien de apelar a la responsabilidad del estado cuando un problema sobreviene. Afirman sistemáticamente, en primer término, la autonomía y la autoorganización de la clase proletaria. Invocar la debilidad del proletariado para justificar el recurso al estado es justificar y afirmar como eterna esta debilidad.

La sociedad revolucionaria tendrá órganos de coordinación y de centralización. A menudo permitirá una centralización más avanzada, más planetaria que lo que permite el capital. Pero no tendrá necesidad de un estado en el que se concentre el poder, de toda esta maquinaria de reprimir, identificar, controlar, educar. Allí la administración de las cosas reemplazará al gobierno de los hombres.

El problema está en no recrear estado alguno en una fase insurreccional e intermedia, asegurando no obstante funciones administrativas y represivas, por tanto estatales. Los que no quieren afrontar este problema, como los anarquistas, tan sólo consiguen ser aplastados por los estatistas o se ven obligados a convertirse ellos mismos en estatistas. La participación de ministros anarquistas en la Junta de Gobierno, durante la revolución española ha mostrado lo que esto puede acarrear.

La solución al problema, a esta contradicción, ha sido esbozada por las insurrecciones proletarias desde la Comuna de París. Es el consejo obrero, la organización consejista de la vida social.

LOS CONSEJOS OBREROS

La Comuna de París había dado ya una primera idea de lo que podía ser un gobierno de los trabajadores.

En 1905 los obreros rusos insurgentes elaboraron la forma del soviét. Este órgano formado por delegados de fábrica estaba al principio destinado a coordinar la lucha. Se transformó poco a poco en un organismo de administración tendiente a sustituir a la administración oficial. Incluso una parte de las fuerzas de la policía había pasado bajo el control del soviét de Petrogrado. Su existencia terminó con la detención de sus diputados por las fuerzas zaristas.

En 1917 se repitió esto, con una participación más amplia de los soldados. El golpe de estado de los bolcheviques de octubre de 1917 se hizo en nombre del poder de los soviets. Se apoyó en los soviets allí donde los bolcheviques controlaban las comisiones militares y habían conquistado la mayoría de los votos en Petrogrado y en Moscú. Esta victoria era el principio del fin. Con el reflujó de la revolución, la guerra civil, el refuerzo del partido y de la administración bolchevique los soviets se veían progresivamente vaciados de su contenido. La última resistencia del soviét de la base naval de Cronstadt fue aplastada en 1921 por el ejército rojo dirigido por Trotsky, el antiguo presidente del soviét de Petrogrado.

Las revoluciones proletarias del siglo XX han hecho resurgir regularmente la forma soviética. A continuación de la primera guerra mundial y de la revolución rusa se han formado consejos obreros en Hungría, Alemania, Italia. Durante la guerra de España se vio cómo se multiplicaban los comités obreros y de campesinos. En Hungría, en 1956, los delegados de las fábricas formaron el consejo obrero del gran Budapest. En Polonia, en 1971, los obreros insurgentes de los puertos del Báltico se organizaron nuevamente de esta forma.

La palabra "consejo" recubre de hecho formas de organización bastante diversas, incluso si se dejan de tener en cuenta los organismos de cogestión o de gestión obrera que no tienen nada de revolucionarios. Va desde el comité de fábrica o de barrio hasta el soviét que administra una gran ciudad o una región. Es un error querer oponer estos organismos entre sí para no dar el título "consejo obrero" más que a algunos de ellos.

No apoyamos tal o cual forma de consejo. Apoyamos la organización consejista de la sociedad. Ello implica y necesita diferentes niveles de organización que se complementan y se sostienen. Lo que es malo, y es lo que de una forma regular ha ido sucediendo, es que uno de los niveles domine.

El comité de fábrica puede quedar reducido a una simple función de control obrero o de pura gestión de una unidad de producción. La falta de soviets propiamente dichos en España y en Cataluña, a pesar del florecimiento de los comités de base, dejó el campo libre al estado republicano y a los políticos. De ahí el dilema anarquista.

El soviét, separado de sus bases, puede convertirse en una especie de estado regional o de parlamento obrero. Cesa de ser un órgano activo y antipolítico para convertirse en el campo de batalla de los partidos políticos.

Lo que constituye el carácter revolucionario del consejo obrero, lo que le da un contenido antipolítico, es principalmente que surge directamente de las masas activas. Está formado por una pirámide de comités que se engendran los unos a los otros sin que la cumbre pueda creerse independiente de la base.

Los comités no son simples asambleas electorales que se delegarían entre ellas el poder de abajo a arriba. Cada nivel cumple funciones prácticas. Cada comité es una comunidad activa. Delega al nivel superior lo que no puede solucionar por sí mismo. No abandona su soberanía. Los delegados deben dar explicaciones, son responsables y revocables.

El consejo obrero no reproduce en su seno las divisiones entre los poderes legislativos, ejecutivo y judicial. Procura unificar y concentrar en sus manos estas diferentes funciones. Incluso si dicta normas actúa, antes que nada, en función de la situación sin atrincherarse tras un arsenal de leyes formales.

El consejo obrero se constituye en tribunal para regular los conflictos, para juzgar, resolver y castigar. Esta acción se hace en función de una situación concreta. Lo que se juzga no es la gravedad de la falta, sino los peligros y riesgos objetivos para la revolución y la sociedad.

La legitimidad del consejo no está garantizada por unas elecciones democráticas que harían de él el ungido del pueblo. No es el representante de las masas. "Es" las masas organizadas. Los individuos y los grupos que se ocupan de tareas particulares no son necesariamente elegidos, Pero cuando comprometen al conjunto del consejo son responsables ante sus asambleas generales. El consejo no pretende ser la expresión general de toda la sociedad por encima de los conflictos que la atraviesan. Es un órgano de clase y de lucha. Ello implica un mínimo de acuerdo en su seno. No puede tolerar divergencias que lo paralizarían.

Se puede ver en el consejo obrero una forma ultra-dictatorial o ultra-democrática. Es a la vez las dos cosas y otra cosa. Es ultra-dictatorial en el sentido en que no pretende dar cuentas a nadie más que a sí mismo y en que manda a tomar viento los principios sacrosantos de la división de poderes. Es ultra-democrático en el sentido en que permite un debate y una participación de las masas jamás conseguidos con el estado más democrático.

Sobre todo, el consejo obrero no es un órgano político, pues no separa ya al ciudadano del individuo social. En esto está más allá de la dictadura o de la democracia que son las dos caras de la política. Incluso si utiliza formas o procedimientos aún democráticos o dictatoriales.

El consejo no es ni el instrumento de una democracia popular, ni el instrumento de la dictadura del proletariado. Estas expresiones no llegan a caracterizar la fase de ruptura entre capitalismo y comunismo.

Los consejos obreros del pasado han estado muy por debajo, a excepción de algunos raros momentos, del programa que trazamos. Han sido gestionarios, burocráticos, indecisos, discutidores, incapaces de tener una perspectiva de acuerdo con su propia naturaleza. Murieron. Ello no prueba que la forma consejista no valga, sino más bien que ha sido esbozada en un terreno todavía demasiado árido.

En 1956, el consejo obrero del gran Budapest que administraba el conjunto de la región reclamaba su propio suicidio con el restablecimiento de la democracia parlamentaria.

Anteriormente, los consejos obreros tenían al menos el mérito de existir. Han mostrado la capacidad de los trabajadores para ocuparse de sus asuntos, para tomar en sus manos fábricas y ciudades. Están ligados a los formidables movimientos por los cuales los obreros han destronado, al menos provisionalmente, a burgueses y burócratas. Si se disimulan y deforman estas experiencias es que no se desea que el proletariado

vuelva a comenzar lo que ha hecho en Cataluña, en Polonia, en China: prescindir de maestros y así avanzar.

La contra-revolución, incluso en la Unión Soviética, no ha podido nunca avenirse a ello. Que los consejos hagan prueba de moderación es una cosa, que la contra-revolución sea moderada frente a ellos es otra.

Las mejores manifestaciones de los consejos obreros se han dado cuando han tenido que responder rápidamente, claramente y duramente a sus enemigos. Son forjados directamente como organización de lucha. Su programa es quizá limitado pero lo conocen.

Otras veces se atascan en la administración, en la espera. Su única razón de ser parece la ausencia de poder burgués. Se ven desarrollar magníficas construcciones organizativas. Pero ello se hace en el vacío, fuera de los imperativos de una lucha. La ausencia aparente del peligro conduce a las peores ilusiones.

El consejo aparece como la respuesta obrera al vacío dejado por la burguesía más que como un nivel de organización impuesto por la radicalidad de la misma lucha.

Estamos por los consejos obreros, pero no estamos por la ideología consejista. Esta ideología no ve en los consejos un momento de la revolución sino su objetivo. Para ella el socialismo es el desplazamiento del poder de la burguesía por el poder de los consejos, de la gestión capitalista por la gestión obrera; por lo que el fracaso o la victoria de la revolución son asunto de organización. Allí donde los leninistas lo centran todo en el partido los consejistas lo centran todo en el consejo.

Los consejos obreros serán los que ellos harán. Su única posibilidad de victoria es emprender y ser la organización de la comunitarización.

Para los comunistas la revolución no es un asunto de organización. Lo que determina la posibilidad del comunismo es un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la clase proletaria. Hay problemas de organización, pero no pueden ser puestos independientemente de lo que se organiza, de las tareas que se fijen. ¿Es que las normas de organización son neutras? ¿Es que son cuestiones puramente técnicas? Ciertamente no. Su elección es de una gran importancia. Algunas están adaptadas y favorecen una acción comunista. Otras la dificultan. Pero es una grave ilusión creer que la puesta en marcha de ciertas normas, especialmente sobre el control de los delegados, es suficiente para evitar la burocratización, el engaño, la división. Los burócratas son profesionales de la organización en tanto que organización separada. Les gusta insistir sobre las condiciones previas a la acción más que sobre la acción misma. Normas minuciosas e inadaptadas, incluso formalmente antiburocráticas, tienen el riesgo de facilitarles su tarea.

Por poco que los consejos se desarrollen y no puedan ser liquidados fácilmente, los peores enemigos de la revolución se pretenderán consejistas para mejor acabar con los consejos. Tratarán de hacer de ellos el coto cerrado de sus maniobras, de excluir de ellos a los revolucionarios.

¿Puede deducirse del carácter a menudo poco comunista de los consejos del pasado que su tiempo se ha cumplido? ¿Toda institucionalización, no es contra-revolucionaria?

No vemos en los consejos obreros unas instituciones. La revolución, lo quiera o no, se encontrará con problemas de administración, de

mantenimiento del orden, de unificación de tendencias opuestas. Será preciso gobernar, si no a los hombres, por lo menos a algunos hombres.

Quizás se pueda estimar que el pillaje es una sana reacción a la provocación mercantil y a la penuria. Puede jugar un papel benéfico en una fase de ruptura, con el desbocamiento y hundimiento de la mercancía. Pero no se puede institucionalizar el pillaje, hacer de él el modo normal de distribución comunista de los productos. Es imposible dejar todos los productos a la libre distribución. Es preciso organizar, repartir, restringir. Es la tarea de los consejos.

A medida que la escasez de bienes disminuirá y que la contra-revolución retrocederá, los consejos perderán su carácter estatista. No serán suprimidos. Se fundirán en la vida social.

Rehusar los consejos por purismo es, desde el momento en que aparecerán en función de necesidades reales, situarse fuera del proceso revolucionario. Es mejor participar en su creación, su funcionamiento y su eventual disolución en función de la lucha y de la correlación de fuerzas entre revolución y contra-revolución.

La participación en los consejos no significa que los revolucionarios deban renunciar a actuar y a organizarse de forma autónoma. Los consejos son organismos de masas. De ahí una cierta premiosidad, de ahí un ritmo de radicalización más lento que el de ciertas fracciones de la población. La evolución de los consejos estará en parte, determinada por lo que se hará a su lado.

Lo que será preciso combatir y boicotear son los consejos corporatistas, las organizaciones gestionarias, los grupos neosindicales o neopolíticos que querrán confiscar la organización de la vida social en provecho de una minoría. No puede ser considerada como un soviét una organización que preservara la producción mercantil, que constituyera una policía, reclamara la vuelta de los patronos...

El consejo es necesario cuando se trata de administrar un territorio. Se desvanece cuando esta necesidad desaparece provisionalmente en función de una cierta relación de fuerzas o definitivamente a causa de la consolidación del comunismo. Ciertos grupos pueden en función de una situación revolucionaria intervenir y comunitarizar stocks de mercancías sin poder o sin querer tomar en sus manos su producción o su distribución de manera permanente. Se trata de saber cuándo se disponen los medios para pasar de este tipo de acción puntual y salvaje a la administración directa de una zona. La ventaja es que se puede disponer mejor de los recursos para alimentar a la población o conducir el combate. La desventaja es que entonces se convierte en blanco de tiro. A partir del momento en que se acepta este riesgo se plantea el problema de la organización consejista de esta zona. El problema de la constitución de un poder revolucionario.

Este poder mismo, si debe buscar la más amplia adhesión y participación de las masas no busca fundarse democráticamente, por ejemplo organizando elecciones.

LA DEMOCRACIA

¿Qué hay de más hermoso bajo el cielo que la democracia: el poder del pueblo soberano? Cuanto más molesto se convierte el término "capitalismo" tanto más el de "democracia" suscita adhesiones. Todo el mundo está por la democracia, sea ella coronada o republicana, burguesa o popular. Si se hace un reproche a los adversarios es el de no ser bastante demócratas.

Quien se alza contra la democracia no puede ser, en el mejor de los casos, más que un nostálgico de las antiguas monarquías absolutas. En general se prefiere colocarle la infame etiqueta de fascista. Los más fanáticos son a menudo los marxistas y marxistas-leninistas que olvidan lo que sus padres fundadores han dicho de la democracia, que tienden a esconder su gusto por el poder y la dictadura. Hipócritamente ciertos nostálgicos culpabilizados del estalinismo nos reprocharán ser estalinistas.

La democracia aparece como la antítesis del despotismo capitalista. Allí donde se sabe muy bien que es una minoría la que dirige se pretende oponerle el poder surgido del sufragio universal.

En realidad capitalismo y democracia van unidos. La democracia es la hoja de parra del capital. Los valores democráticos, lejos de ser subversivos, son la expresión idealizada de las tendencias reales y menos nobles de la sociedad capitalista. Los comunistas no pretenden ya realizar la trilogía "libertad, igualdad, fraternidad", sino la del "trabajo, familia, patria".

¿Cómo es posible, si la democracia es la hija del capital, que dictadura y capitalismo coexistan tan a menudo? ¿Cómo es posible que la mayor parte de los hombres vivan bajo regímenes autoritarios? ¿Cómo es posible que incluso en los países democráticos su funcionamiento sea dificultado sin cesar?

Los valores y aspiraciones democráticos son la consecuencia del carácter disolvente del capital. Corresponden al fin de la inserción del individuo en una comunidad y una red de relaciones fijas. Corresponden también a la necesidad de mantener una comunidad idealizada, de regular los conflictos, de limitar los choques para el bien de todos. La minoría se pliega a las decisiones de la mayoría.

La democracia no es una simple mentira, una vulgar ilusión. Saca su contenido de una realidad social desgarrada de la que parece ser su reunificación. Hay en la aspiración democrática una búsqueda de la comunidad, una voluntad de respeto del otro. Pero la base sobre la que toma raíces y pretende desarrollarse le impide tener éxito.

La democracia es aún, a menudo, demasiado peligrosa para el capital o al menos para ciertos intereses en juego. Es por ello que encuentra barreras constantemente. Fuera de algunas excepciones, estos límites e incluso la simple dictadura son presentados como victorias de la democracia misma. ¿Qué tirano no pretende gobernar, sino por el pueblo, al menos para el pueblo?

La democracia, que puede parecer en los periodos de calma un buen medio de amortiguar las luchas obreras, se ve abandonada sin vergüenza cuando la defensa del capital lo exige. Hay siempre algunos intelectuales y políticos muy sorprendidos de verse sacrificados tan fácilmente sobre el altar de los intereses de los poderosos.

Democracia y dictadura son dos formas opuestas, pero no son dos formas extrañas entre sí. La democracia, en tanto que implica la sumisión de la minoría a la mayoría, es una forma de dictadura. Una junta de dictadores debe necesariamente recurrir, para tomar decisiones, a mecanismos democráticos.

Se olvida a veces que fascismo, nazismo y estalinismo han mezclado, para imponerse, los procedimientos terroristas y las elecciones periódicas. Les gusta oponer las amplias masas, los tribunales populares al puñado de "traidores", de "antipatriotas", de gentes "antipartido".

El comunismo no es el enemigo de la democracia porque sea el amigo de la dictadura y del fascismo. Es el enemigo de la democracia porque es el enemigo de la política. Dicho esto, los comunistas no son indiferentes al régimen bajo el que vivan. Prefieren acostarse tranquilos sin preguntarse si será aquella noche cuando vendrán a sacarlos de la cama para conducirlos a la cárcel.

La crítica del estado no debe sustituir a la crítica de la política. Algunos atacan a la máquina del estado pero es para salvar mejor a la política. Al igual que algunos pedagogos critican la escuela para generalizar la pedagogía a toda forma de relación social, para los leninistas todo es política. Tras cada manifestación del capital, ven una intención, un plan. El capital se convierte en el instrumento de un proyecto político al que es preciso oponer otro proyecto político.

La política es el terreno de la libertad, de la acción, de la maniobra en contraste con la fatalidad económica. La economía, el dominio de la producción de los bienes, está dominada por la necesidad. La evolución y las crisis económicas aparecen como fenómenos naturales que escapan al dominio del hombre.

La izquierda tiene el hábito de poner el acento sobre las posibilidades de la política, la derecha sobre las necesidades de la economía. Falso debate.

La política aparece cada vez más como una copia de la vida económica. Ha podido jugar durante un cierto periodo un papel de compromiso y de alianza entre capas sociales.

Hoy la importancia de la política en tanto que intervención en la economía ha aumentado. Pero al mismo tiempo la esfera política ha perdido su autonomía. No hay más que una única política del capital que tanto la derecha como la izquierda están forzadas a llevar adelante independientemente de los intereses específicos de su base social.

Si el estado aparece como una institución más o menos delimitable, la política nace y renace de todos los poros de la sociedad. Aunque se traduzca por la acción de una capa particular de militantes y políticos se apoya y encuentra eco en los comportamientos de cada uno. Eso es lo que hace su fuerza y lo que da la impresión de que toda solución social no puede ser más que política.

La política se deriva de la disociación entre la decisión y la acción, apoyándose en ella en las separaciones que levantan los individuos unos contra otros. La política aparece en primer lugar como esta búsqueda permanente de poder que anima a los hombres en la sociedad capitalista. La democracia y el despotismo parecen ser las únicas formas de regular los problemas entre la gente. La introducción de la democracia en las parejas y las familias pasa por una nueva etapa del progreso humano. Expresa, en primer término y quizá de la manera menos mala, la pérdida de unidad profunda que puede existir entre los seres humanos.

El comunismo no separa decisión y ejecución. No hay ya división entre dos grupos o incluso entre dos momentos distintos y jerarquizados. Se hace lo que se debe hacer o lo que se ha decidido hacer sin ponerse el problema de saber si se es mayoritario o minoritario. Nociones que presuponen la existencia de una comunidad formal.

El principio de la unanimidad reina en el sentido de que los que hacen algo están en principio de acuerdo y en que el acuerdo proporciona la base y la posibilidad de la acción común. No se escisiona en el voto para, a continuación, reunificarse por la sumisión de una parte a la

otra parte. Se constituye en y por la acción, y por la capacidad de la gente en identificarse y en comprender el punto de vista del otro.

No se trata de rechazar sistemáticamente toda votación y toda sumisión de la minoría a la mayoría. Son formas técnicas a las que no se puede dar un valor absoluto. Puede ocurrir que la minoría esté en lo cierto. Puede ocurrir que la mayoría ceda a la minoría en vistas de la importancia de lo que está en juego para esta minoría.

¿Es el comunismo el advenimiento de la libertad? Sí, si se entiende por tal que los hombres tendrán más posibilidades de elección que ahora, que podrán vivir de acuerdo con sus gustos.

Lo que rechazamos es la filosofía que opone libre albedrío y determinismo. Esta separación refleja la oposición del hombre y del mundo, del individuo y de la sociedad. Expresa el desarraigo del individuo y su incapacidad para tomar en consideración sus propias necesidades a fin de satisfacerlas. Puede escoger entre mil trabajos, entre mil placeres, entre mil amores, y ser influenciado de mil maneras porque nada le concierne de veras. Ninguna certeza le invade. Duda de todo y en primer lugar de sí mismo. Haciendo esto está presto a soportarlo todo y cree a menudo haber escogido. La libertad se presenta como el ropaje filosófico de la miseria y la duda como la expresión de la libertad de pensamiento cuando significa en realidad el extravío, la incapacidad del hombre para situarse en su mundo.

En el curso de la revolución el hombre pierde sus cadenas, pero, llegando a ser el fin él mismo, se encuentra encadenado simultáneamente a sus deseos y a las necesidades del momento. Se vuelve apasionado y comienza a conocerse. El clima extraordinario de alegría y de tensión de las insurrecciones está ligado al sentimiento de que todo es posible y conjuntamente, que lo que se está haciendo debe ser realizado imperiosamente. No hay razón ya para dudar y para ser bamboleado entre ocupaciones insignificantes. Las fuerzas subjetivas y objetivas se confunden.

EL CIRCO ELECTORAL

Si vosotros la tomáis con la democracia, nos contestarán los espíritus sutiles, es porque sabéis que ella os condenaría.

No nos hacemos ilusiones. Es seguro que, funcionando el sistema normalmente, seríamos derrotados completamente. Nuestro programa no sería quizá considerado como antipático por la mayoría de electores, pero sería con certeza juzgado como irrealizable. Sólo negándose a actuar como electores es como podrían empezar a entrever la posibilidad de su realización.

Si la política es el arte de lo posible, como dicen, nosotros nos situamos fuera de este posible.

Señores electoralistas y demócratas, ¿estáis dispuestos a interrogar a la población sobre ciertas cuestiones y a sacar de ahí conclusiones? Vosotros que sois los lacayos del capital, ¿estáis dispuestos a organizar un referendun para saber si es necesario mantener o no el capitalismo? Hay una multitud de cuestiones que os las arreglaréis para no plantear jamás. De entrada están eliminadas por no ser realistas. Sois vosotros los que determinais lo que es o no posible. Esto todavía no os basta. Es necesario que vuestros programas y previsiones realistas no sean nunca aplicados.

El estado vive gracias a los impuestos de los ciudadanos. Es regido gracias a su sufragio. Si su política tuviera que ser aprobada y sostenida directamente por la aceptación o el rechazo del pago de los impuestos por los particulares correría el riesgo de perder muchos partidarios. Cuando paga, el ciudadano tiene la impresión de hacerse ver. Cuando vota, al saber que si no es así no puede hacer otra cosa que callar, se siente halagado de que se le solicite su opinión.

Hay disociación entre la gestión real del sistema y las capas de funcionarios que se ocupan de ella por una parte, y por otra la política de los partidos, la política-espectáculo.

La democracia electoral sirve para esconder el hecho de que las decisiones importantes escapan a los electores e incluso a los políticos.

La realidad política y electoral está cada vez más empapada por la mercancía. La democracia aparece como el reflejo directo del mundo económico. El elector no es ya ni siquiera el ciudadano, sino el consumidor de programas e ideologías. El espectáculo de la política y sus momentos privilegiados, que son las elecciones, deben ser denunciados por lo que son: una manera entre otras de hacer olvidar al pueblo que no es nada.

A veces sucede que la gente toma en serio a los embusteros. A causa de unas elecciones rechazadas o por lo que les parecía una victoria electoral empiezan a sublevarse. Esto escapa ya a la realidad electoral.

No preconizamos la participación en las elecciones, y menos aún la abstención. Cuando los proletarios votan tienen, si no razón, al menos sus razones. Este ritual no aparecerá como realmente ilusorio, ridículo y lamentable hasta que el conjunto de las condiciones de vida comience a transformarse realmente. Mientras tanto ocupa su lugar en el conjunto de la panoplia.

En una organización comunista puede, perfectamente, haber elecciones. Se designa en ellas unos delegados. Pero la elección no aparece ya como momento privilegiado. El elegido no dispone de una firma en blanco. Cumple una función como otras y no más sagrada que otra. Designando a tal persona o a tal equipo, o aprobando con posterioridad su acción, el grupo de base no hace más que establecer sus propias garantías en cuanto a la aplicación de su programa. Lo que cuenta no es el procedimiento de elección sino la acción que se lleva a cabo.

La constitución de consejos obreros no tiene como condición previa una consulta electoral general. No se trata de liberar una zona para organizar allí unas elecciones que no serían consideradas como válidas más que para los organizadores, como es costumbre. Sobre esta cuestión tenemos el mal ejemplo de la Comuna de París.

Incluso si en este tipo de situaciones pudieran organizarse seriamente unas elecciones, ello no haría más que disociar decisión y acción y hacer renacer los profesionales de la política. Unas elecciones suponen que los electores sean inscritos en un registro y archivados.

¡La puesta en marcha de una administración por medio de elecciones presupone la existencia de esta administración! No son el poder y el estado los que nacen de las elecciones, sino lo contrario.

Las organizaciones revolucionarias de masas se constituirán y se reforzarán en función de unas tareas prácticas. Nacerán de la acción de una minoría. No se verá de repente al 51 por ciento de la población lanzarse en el mismo instante hacia el mismo objetivo. Esta minoría activa se distinguirá por el hecho de que no organizará al resto de

la población, pero tenderá a asociarla en la resolución de los problemas colectivos. De su capacidad en hacer participar mucho más del 51 por ciento de la población dependerá su éxito.

El comunismo no puede establecerse por medio de un golpe. Teniendo en contra al poder del estado y a sus instrumentos de represión, el comunismo no puede vencer más que llegando a desarrollar la participación más o menos activa de una gran parte de la población y aislando como adversario a una minoría ínfima.

La revolución proletaria, rompiendo las cadenas del sistema asalariado, permitirá y exigirá una participación de las masas sin comparación posible con la de las revoluciones políticas burguesas, incluso en los casos en que estas revoluciones han sido revoluciones populares. Estas revoluciones populares, que los demócratas invocan en favor propio, no han sido decididas democráticamente. En 1789, si se hubiera dejado elegir a los franceses, ¿habrían votado por la revolución? En realidad es a partir del carácter desfasado de los privilegios de los nobles que una fracción de la población se levantó. Llevada por el éxito y las consecuencias de sus actos fue arrollando progresivamente a un sistema carcomido.

El partido del comunismo no arrastrará a la aplastante mayoría de la población hasta que el comunismo no aparezca como el medio inmediato de resolver los problemas de la vida cotidiana. La revolución no surge porque suficiente gente se haya convertido en revolucionaria. La gente se hace revolucionaria porque la revolución aparece, porque les parece posible y necesario vivir de otra forma.

Hoy, cuando todos los elementos de la bóveda social se sostienen, la desaparición del dinero parece imposible. Los que la preconizan pasan por ingenuos soñadores. Por poco que los mecanismos de mercado se encasquillen, continuar dependiendo del dinero para el propio abastecimiento pasará por una acrobacia imbécil. La gente se sumará al comunismo, no por ideología o incluso por asco hacia la sociedad agonizante, sino por una simple necesidad vital. Será preciso entonces defenderse de los oportunistas incapaces de tener perspectivas a largo plazo, quienes buscarán sacar una ventaja inmediata y personal de la situación.

¿Por qué, si consideramos que la revolución debe apoyarse en la más amplia participación posible, no declararnos demócratas? Esto pondría en un aprieto quizá a algunos de nuestros adversarios y nos proporcionaría quizá algunos amigos. Pero precisamente no somos políticos; una adhesión superficial es más un estorbo que una ayuda. Necesitamos ser claros para poder reunir y orientar a nuestros partidarios sobre bases sólidas. En cuanto a nuestros auténticos adversarios, no queremos facilitarles la tarea, pero de todas formas poco les importa lo que realmente digamos o queramos. Ya sea porque no comprenden, ya sea porque nos calumnien, a excepción de cuando picotean algunas ideas entre los revolucionarios para alegrar su programa.

La democracia sería el poder del pueblo, el poder de todos. La revolución comunista no espera cambiar la forma del poder o darlo al pueblo. Quiere retirarlo a todo el mundo.

El poder tiene siempre necesidad de una legitimización exterior a sí mismo. Dios para la monarquía, el pueblo para la democracia coronada o republicana. ¿Tiene el pueblo más realidad que Dios? No, Dios es un personaje, una representación llena de humanidad, mientras que el pueblo tiende a no ser más que una pura abstracción de la humanidad. Este pueblo que se invoca para acreditar al estado no es más que un reflejo de éste. Entre este pueblo ideal, este pueblo político, y el pueblo real, diverso, viviente, estúpido o inteligente, que se manifiesta en la vida diaria, hay un abismo.

No es política quien expresa y encarna las ideas y las voluntades de los humanos, son éstos los que se convierten en soportes de opiniones políticas. Se convierten ellos mismos en abstracciones cuando, electores o militantes, van a manifestar sus opiniones.

¿Por qué los comunistas, que quieren acabar con la explotación y las guerras, no renuncian a la fuerza y a los procedimientos dictatoriales?

¿Acaso se cree que las clases dominantes van a renunciar a la utilización de estos medios? ¿Se cree que en un periodo de transformación social los estados más democráticos no mandarían sus hermosos principios a la picota? Los poseedores, los privilegiados, los servidores del orden más liberales pretenderán quizá combatir por la democracia. No pondrán a luz pública la defensa de sus verdaderos intereses. Pero es poco probable que combatan democráticamente.

Es en función de una situación de crisis que conviene comparar métodos burgueses y métodos revolucionarios. Es hipócrita oponer el comportamiento de los estados burgueses más democráticos en tiempos de calma y el comportamiento de los revolucionarios en tiempos de ruptura. Hay todas las probabilidades de que en tiempo de crisis los revolucionarios se muestren más humanos y más demócratas que los defensores del orden.

LA HUELGA

La democracia se ve negada con el desarrollo de las huelgas y levantamientos salvajes. El arranque de la acción no está supeditado a una consulta democrática de la base o de sus representantes.

Una fracción de trabajadores, por ser más combativa, menos alienada, situada en condiciones más propicias, se subleva. No hay escisión entre la decisión y la ejecución, entre los que deciden y los que ejecutan.

El problema fundamental no es forzosamente el sumar a toda la gente. A partir de una posición clave en la producción se puede conseguir que el patrón ceda. El paro del trabajo puede ser su propio objetivo, se trata únicamente de soplar un poco o de rehusar a hacer un trabajo determinado.

Es posible que el acelerón de un puñado provoque un acelerón general. Es lo que vimos ocurrir a escala de una nación en mayo del 68.

La huelga se extiende. La aprueba una mayoría de trabajadores. La adhesión se crea en la acción sin que haya habido consulta previa del conjunto de los que se encuentran concernidos.

Si los trabajadores hubieran tenido que pronunciarse democráticamente sobre la oportunidad de abrir el fuego quizá habrían renunciado. El ejemplo de un pequeño número les habrá mostrado la brecha por donde precipitar el miedo de la dirección y el éxito posible. Estarán cogidos por el clima de lucha y de solidaridad y mucho más decididos a superar el sentimiento de desánimo y de resignación que engendra la impotencia cotidiana.

Admitamos que la huelga haya sido decidida por medio de una consulta. Se habría desarrollado probablemente de una forma diferente. Desaparece lo imprevisto de la ofensiva obrera. El adversario habría sido informado sobre la naturaleza, la forma, las dimensiones, los objetivos del movimiento. La organización habría precedido a la acción y habría debilitado las iniciativas. Los huelguistas habrían permanecido más

o menos pasivos y, fuera de una minoría de sindicalistas o de organizadores, ajenos a su huelga.

Cuando los obreros comienzan a radicalizarse, el momento democrático se presenta cada vez más como el momento de la recuperación. Se trata de votar sobre la vuelta al trabajo. Los burócratas, especialistas de la negociación, recuperan su superioridad.

La democracia se convierte en la expresión de la renuncia. Se convierte visiblemente en lo que esencialmente es.

El recurso a la asamblea general, como única soberana, no es suficiente para luchar contra la burocratización. Las asambleas pueden convertirse en el lugar privilegiado para la manipulación, la reunión en masa de los individuos separados e impotentes, el soporte de la charlatanería confusa e inútil.

Las asambleas generales son necesarias. Es necesario que se pueda saber dónde se está, evaluar las propias fuerzas, controlar y pedir cuentas a los delegados y comisiones especializadas. Pero la asamblea no debe aparecer como el momento del que depende todo lo demás, en cuyo provecho el resto de la realidad perdería todo peso específico.

EL PARTIDO

A medida que la crisis del capital se hace más profunda y vuelve más visible la vanidad de las soluciones capitalistas a esta crisis, un partido comunista vuelve a formarse en el seno de la población.

La formación del partido no es la causa que determina la crisis. No es más que la condición previa para el asalto contra el capital. Su desarrollo cuantitativo y cualitativo es, por el contrario, extremadamente dependiente del ascenso de esta crisis. Lo que busca es orientar y facilitar la salida de ella.

El partido no es un agrupamiento constituido en función de una doctrina establecida que se iría ampliando sin que su naturaleza cambiase. El partido no existe, se constituye. Emerge lentamente y va tomando unos contornos y un contenido más claro. Su naturaleza se precisa y el número de sus miembros crece a medida que se dibujan posibilidades de ruptura con el sistema.

La constitución del partido no es, sin embargo, un fenómeno nuevo e indeterminado. El partido, tal como nace en un momento histórico determinado es el resurgir de un movimiento que escapa a los límites de este periodo de tiempo. El partido moderno empalma con un partido del que la realidad e incluso el recuerdo han sido borrados por la contra-revolución.

Fuera de los periodos insurreccionales, cuando el comunismo no puede afirmarse más que de manera tímida y discontinua, el partido en el sentido estricto queda condenado a permanecer como una fracción ínfima y olvidada de la población. Al lado de los comunistas conscientes existen numerosos comunistas inconscientes que manifiestan por su comportamiento exigencias revolucionarias. El partido, en el sentido amplio de los que se muestran más o menos conscientemente comunistas al filo de ocasiones que se multiplican, no es visible. Su imagen no toma cuerpo dentro del espectáculo reinante. Sin embargo su potencia se hace sentir al nivel incluso de este espectáculo. Los propagandistas y los políticos, para colocar su mercancía, se hacen eco deformado de sus esperanzas. Los burgueses y los burócratas tiemblan ante esta amenaza aún sin nombre y todavía sin rostro.

Es contradictorio afirmarse comunista en un mundo que rechaza al comunismo por todos los medios. Los comunistas no son superhombres que vivieran ya de otra forma que sus semejantes. No escapan a la miseria reinante. Para transformar su propia vida, su conciencia teórica tiene poco peso.

Es esencial, y además inevitable, que aparezcan comunistas conscientes y que se ocupen de comprender y preparar la revolución comunista. Pero no tiene sentido oponer comunistas conscientes y comunistas inconscientes. Lo que importa es ver cómo y por qué la consciencia comunista se desarrolla como una necesidad práctica.

Existe ciertamente gente que se dice revolucionaria. La producción de estos "revolucionarios" no es independiente del ascenso de la crisis. La mayoría de ellos no son comunistas y no saben incluso lo que son y lo que quieren. El deseo de la revolución se presenta como el último y el más vacío de los deseos posibles en esta sociedad. Es una abstracción separada de las necesidades y de las esperanzas concretas. El "revolucionario" puede disertar sobre todo, apasionarse por cuestiones de estrategia, pero es incapaz de definir aquello a lo aspira. Si habla de transformaciones pendientes su óptica está dominada por la cuestión del poder. La sociedad por construir reposa en una nueva repartición del poder. Lo que se "quiere" es el poder popular, el poder obrero, el poder estudiantil, el poder de los consejos (la electrificación o la automatización), el poder de la gente sobre su propia vida, el poder de poder poder...

Por el contrario, la mayor parte de los que serán revolucionarios cuando la revolución corresponda a necesidades y posibilidades concretas no sienten la necesidad de llamarse revolucionarios.

Tan sólo en una fase de enfrentamiento abierto, cuando exista la posibilidad de comunitarizar el cuerpo social, podrá el partido dejar de ser únicamente la agrupación de opiniones comunes o el producto de acciones esporádicas. Podrá al fin convertirse en una comunidad de acción.

Cuando el proletariado en su conjunto participa en la revolución, el partido no se confunde con la clase, pues no pretende ser él el proletariado o representarlo. Es su fracción más lúcida y más decidida. Coexiste, colabora o se enfrenta con otras fracciones más moderadas o enfeudadas en los aparatos e ideologías burguesas.

Se puede caracterizar su acción en una frase: Crear la situación que haga imposible toda vuelta atrás.

Es normal que se manifiesten oposiciones entre la acción de los comunistas y el comportamiento de las masas. Ello no es el signo de un antagonismo fundamental. El partido no tiene que eliminar las organizaciones y movimientos de masas. Los consejos y otros comités de base no tienen que eliminar al partido. Si sucediera una de las dos cosas significaría necesariamente el fin y el desastre de la revolución. Esta visión de un antagonismo es una herencia de la revolución rusa y de la ola consejista de los años veinte. Tiene un defecto: tomar por comunistas organizaciones que no lo eran.

El partido combatirá por los consejos, pues esta lucha no puede quedar dissociada de la del comunismo. Incluso si sobre tal o cual punto o modo de organización los comunistas se encuentran en desacuerdo con las masas.

El propio partido, que no es ni una organización ni en el peor de los casos una institución unificada por arriba, se organizará del modo consejista. Es la reunión de los que se proponen, más allá de las tareas

y de los intereses inmediatos, la defensa del conjunto del movimiento. Debe indicar la fortaleza a dismantelar, concentrar sus fuerzas sobre los puntos estratégicos, proponer soluciones.

No hay una organización que pueda decir de si misma que es "el partido". Este no se identifica jamás con una secta o una organización de masas cualquiera. Los partidarios del comunismo se manifiestan por lo que hacen y no por una adhesión a un determinado grupo. Las formas de organización no tienen que ser establecidas o unificadas con anterioridad. Se descubrirán durante el movimiento.

**Este texto puede ser
reproducido en la
manera que se
considere oportuna.**

CRITICA DE LA POLITICA

Hasta ahora se creía que bastaba simplemente con negar el mundo del poder y de la política, con tratar como degeneraciones de este mundo el sistema de la representatividad, de las jerarquías, de las burocracias, de la división entre dirigentes y ejecutantes, de los intermediarios entre poder y pueblo. Pero sólo se era capaz de hacerlo, claro está, en nombre de *otra política*, de una política digamos anti-autoritaria. Seguíamos pues apresados por los engranajes complejos del mundo de la política.

La *crítica de la política* que aquí se emprende pretende ser algo más que la fácil denuncia anarquizante del poder como elemento de corrupción; trata de esbozar las motivaciones profundas de toda actitud radical. Pretende contribuir con ello a afirmar la vida frente a la mera supervivencia a que se nos condena, intenta recobrar así la plenitud de nuestro ser individual y colectivo frente a las estructuras ajenas y hostiles que se proponen regirlo.

